AUTOR/TEMA ANTONI M. BADIA I MARGARIT

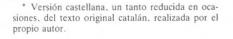
La personalidad y la labor intelectual y científica del Dr. Badia i Margarit se ponen de manifiesto a través de su ensayo autobiográfico, así como de la cronología y bibliografía del autor

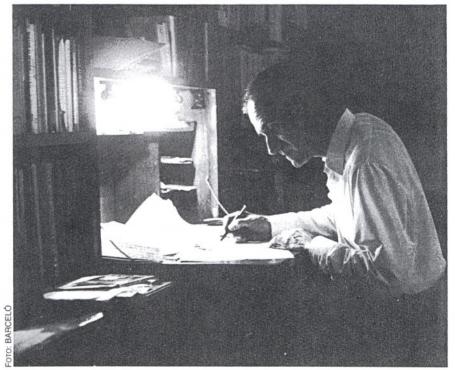
AUTOPERCEPCIÓN INTELECTUAL DE UN PROCESO HISTÓRICO

Ensayo de autobiografía*

1. Los determinantes remotos

Nací el 30 de mayo de 1920, en Barcelona. Mi padre, técnico en teoría de tejidos, autodidacto, tenía una verdadera pasión por la cultura y se sentía plenamente identificado con el movimiento catalanista. En casa había millares de libros. De pequeño me eran familiares colecciones como «Els Nostres Clàssics», «Fundació Bernat Metge», «Biblioteca popular de L'Avenç», «Minerva» y publicaciones periódicas como la Revista de Catalunya, La Paraula Cristiana, La Revista, etc. Ni hay que decir que mi vida de relación se nutría de elementos que sintonizaban con esa visión patriótica y cultural: «Orfeó Català», «Centre Excursionista de Catalunva», los museos, la arqueología, el paisaje, etc. Y también -y sobre todola escuela. Conocí una sola institución, en la que cursé la enseñanza primaria y el bachillerato: la «Mútua Escolar Blanquerna». Alexandre Galí, director de la «Escola Montessori» de la Mancomunidad de Cataluña, de la que yo estaba destinado a ser alumno, vio cómo su escuela era clausurada por el Directorio Militar de Primo de Rivera, sin poder siquiera terminar el curso 1923-1924, y, animado y sostenido por los padres de los alumnos, fundó la escuela «Blanquerna», a partir de 1924. Fui de los





A.M. Badia i Margarit trabajando en su casa, agosto de 1969

pocos privilegiados que vivimos el ciclo completo de esa aventura singular: terminé allí el bachillerato en 1937, en plena guerra civil, y la escuela era suprimida en 1939, naturalmente por «rojoseparatista».

«Blanquerna» era centro de muchas actividades paraescolares. Sería alejarme de mi cometido hablar de ellas. Sólo diré que en nuestras polémicas de adolescentes yo era «de letras», que la preocupación por el lenguaje nos venía de los cursos del propio A. Galí, y que yo había publicado un artículo sobre el origen de la lengua catalana en la revista interior *Junior*, todo copiado, como se

comprende, pero un artículo en el que figuraban nombres que luego iban a salir a cada paso en mi vida de estudiante universitario. Decididamente, yo estudiaría «filosofía y letras».

Mis años de bachillerato coincidieron con los de la II República española y la autonomía de Cataluña. Huelga decir que vibré con todo el entusiasmo de que era capaz al unísono con aquella luna de miel de un pueblo que, después de más de treinta años de expectación activa y esforzada, veía reconocidas buena parte de sus posibilidades de realización. Pero ya dicen que lo bueno dura poco. En 1939 el gran castillo de

ilusiones se vino abajo. Pasamos de aquella construcción de un país y una cultura a su destrucción. Y a mí me correspondió ser testigo impávido, aunque todavía no comprometido formalmente, de la hecatombe. Ello no obstante, a partir de entonces me sentí presa de un compromiso profundo, que enlazaba con la orientación de mi vida antes de la guerra civil: la lengua y la cultura catalanas. Pero el camino había de ser largo y penoso.

2. Los estudios universitarios

Después de dos movilizaciones militares (en 1938, en el ejército de la República, y en 1939, en el de Franco), y gracias a una precaria prórroga de estudios (que se desvanecería en otoño de 1942, al desembarcar los aliados en el norte de Africa, en el curso de la guerra mundial), el año 1939 pude empezar la carrera de Filosofía y Letras, en la Universidad de Barcelona. Yo llegaba con empuje, con vocación. Con todo, la Universidad ideológica de 1939, después de las depuraciones políticas de sus profesores, y bajo el control de Falange Española y del SEU (su Sindicato de Estudiantes), era para decepcionar a los más ilusionados. En el caso de Letras (y bien especialmente en Filología Románica -donde yo cursé la licenciatura), se añadía la ausencia de profesores solventes. Éstos, en gran parte confinados, separados o exiliados, habían sido sustituidos por licenciados que acababan de terminar sus estudios o por profesores adventicios. Nuestras generaciones fueron autodidactas, trabajábamos con la bibliografía que íbamos descubriendo nosotros mismos, y nos quedaban lagunas enormes sin colmar. Habría que hacer una salvedad para A. Griera: no era catedrático, por lo que su enseñanza era muy limitada, y pronto se veía que gran número de sus tesis eran inadmisibles: en cambio, conocía bien a los romanistas de su época, y con él nos introdujimos en un campo antes desconocido.

En octubre de 1942, y en obligado régimen de clandestinidad, se reemprendieron en Barcelona los «Estudis Universitaris Catalans», que databan de comienzos de siglo (cuando la Universidad oficial se negó a incorporar disciplinas específicas de catalán en sus planes de estudios), pero que se habían tornado innecesarios en la Universidad Autónoma de 1933 (que acogió todos aquellos contenidos). Allí seguí cursos profesados por R. Aramon i Serra (lingüística), Jordi Rubió i Balaguer (literatura) y Pere Bohigas (paleografía). Aun cuando con ello pude ampliar notable-



mente las informaciones de lengua catalana, yo continuaba considerándome de formación personal: sólo por mi esfuerzo podía vislumbrar los contenidos fundamentales y las líneas metodológicas de nuestras materias, así como los romanistas que las encarnaban y la bibliografía en que encontraban expresión; así, pese a mi dedicación, era inevitable que siempre quedasen capítulos enteros de romanística fuera de mi alcance, con las graves repercusiones que ello podía tener sobre mi trabajo personal.

En junio de 1943 obtenía, con las máximas calificaciones, la licenciatura en Filología, ante un Tribunal presidido por Josep M. Millàs i Vallicrosa, insigne semitista e historiador de la ciencia.

3. Los primeros trabajos. El doctorado

En aquella época -por lo menos en Románicas de Barcelona- era costumbre que, junto al denso examen de licenciatura (cinco pruebas escritas y una oral de conjunto), los licenciados presentasen por escrito un tema de la especialidad (un embrión de lo que años después, generalizado, recibiría el nombre de «tesina»). Yo había escogido los adverbios pronominales y, end en aragonés medieval. Pues bien, pocas horas después de terminar la licenciatura, salía para Madrid, para tener una conversación con Dámaso Alonso (naturalmente, concertada por teléfono). Todo era muy precipitado, en parte por impaciencia mía, en parte porque así podía

hacerlo dentro de la semana de permiso que me habían dado en el cuartel para el examen de licenciatura. Yo había escuchado a Dámaso Alonso conferenciante, pero nunca había hablado con él. Me recibió muy bien, en Medinaceli 4 (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Le mostré mi trabajo sobre y, end, y convinimos que de ello podía salir una tesis para el doctorado, ampliando el tema a castellano y catalán, y a sus manifestaciones modernas (en catalán y en aragonés). Entonces sólo la Universidad de Madrid confería el título de doctor (pero, aunque así no hubiese sido, Barcelona era un desierto, como he dicho, y nadie hubiera podido dirigir aquí mi tesis).

Así es que me lancé a recoger materiales sobre IBI e INDE en los textos medievales de castellano, aragonés y catalán, al propio tiempo que redactaba mis primeros artículos y reseñas. Simultáneamente hacía mis primeras armas en la Facultad, de momento como Ayudante de Clases prácticas, y, al cabo de pocos meses, como Profesor Auxiliar temporal. También dedicaba tiempo a leer piezas bibliográficas básicas de la lingüística románica y varios estudios que necesitaba conocer de modo más inmediato, de cara a la tesis y a otros trabajos. Todo esto se acompañaba de clases de bachillerato en un par de instituciones docentes, con lo que podía redondear unos ingresos mínimos. Me casaría en 1946, antes, pues, de ser catedrático.

La elaboración de la tesis me llevó a Madrid algunas veces, para cambiar impresiones con Dámaso Alonso. Éste andaba siempre muy atareado, y en ocasiones me pasaba tres días en Madrid y sólo podía hablar con él un cuarto de hora. Sin embargo, recuerdo haber aprendido mucho en esos contactos fugaces, en especial por sus comentarios sobre aspectos de método. Los viajes a Madrid me permitieron conocer y tratar a varios colegas que trabajaban en el Instituto Nebrija (que entonces comprendía también las secciones de hispanística) o que a veces se acercaban para ver a alguien, etc.: M.ª Josefa Canellada, Alonso Zamora Vicente, Francisco López Estrada, Benito Sánchez Alonso. Un día me presentaron a Rafael Lapesa. Conocí a Emilio Alarcos Llorach y a su padre, Alarcos García, un día que éste visitó a Dámaso Alonso. También Rafael de Balbín me acogió con simpatía, y pronto hube de agradecerle que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) incluyera algunos de mis trabajos en sus publicaciones.

Mayor relación tenía, en Barcelona, con los círculos que, simplificando, lla-

maré del «Institut d'Estudis Catalans», por más que éste, ignorado desde fuera, y colapsado en su interior, no era, de momento, más que un símbolo. Pero va se sabe: los símbolos tienen su fuerza. Así es que, si, de momento, todo se reducía a unas inocentes lecturas poéticas (que servían para aglutinar gente), no transcurrió mucho tiempo sin que, en domicilios particulares de personas que se prestaban a ello -a pesar del riesgo que entrañaba-, se organizaran verdaderas «sesiones científicas» (en una de las cuales expuse un resumen de la parte catalana de mi tesis doctoral). Allí los jóvenes podíamos hablar con Jordi Rubió, Carles Riba, Ferran Soldevila, Pere Bohigas, Ramon Aramon i Serra, Miquel Coll i Alentorn, y otros. La cadena no se rompería. Esas reuniones, cada vez más sistematizadas, dieron origen a la «Societat Catalana d'Estudis Històrics» (filial de l'Institut d'Estudis Catalans), estructurada formalmente en 1946 -siempre de modo privado-, y de cuya primera Junta de Gobierno ya formé parte.

Defendí la tesis doctoral en junio de 1945, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria de Madrid (que había tenido ocasión de ver, hundida por las minas, en 1939, siendo soldado). Presidía el Tribunal examinador Armando Cotarelo. También aquí obtuve las calificaciones más altas. Mi texto, acogido por el CSIC, apareció publicado en 1947, entre los anejos de la *Revista de Filología Española*.

4. Las oposiciones a cátedra

Ya en posesión del título de doctor, pasé a una situación menos precaria en la Facultad de Barcelona, donde, como he dicho, había sido nombrado Profesor Auxiliar. En calidad de tal me encargué de los cursos de «Gramática histórica española» y de otras materias más o menos afines («Lingüística Románica», «Filología Provenzal», «Lingüística General», etc.). No por ello dejé de ir por Madrid, adonde me convocaban de vez en cuando para reuniones de índole diversa. Siempre en Medinaceli 4, hervidero de la gente de letras. Casi sin darme cuenta -v salvando las distancias del que no es de la casa-, me veía metido en ese mundillo de las oposiciones. Ya antes, mientras preparaba la tesis doctoral, había notado que se me medía como posible opositor a cátedra. En el curso siguiente, todos lo daban por descontado. Y, efectivamente, lo fui, y antes de lo que todos calculábamos. Por mi parte, yo había ido evolucionando ante las oposiciones, tradicionalmente poco aceptadas en Cataluña, sobre todo al ver, durante la carrera, la falta que hacían en la Universidad personas como Rubió o Soldevila, y tantos otros, que tenían madera de maestros. Hacer oposiciones significaba aceptar el sistema, quizás ensuciarse las manos. Pero, a mi ver, así se podía servir mejor a la Universidad y a la cultura catalana. Haría oposiciones. Empezaría por una cátedra de español. Luego Dios diría.

Contrariamente a lo que les ocurre a muchos —que tienen que esperar años, a veces muchos años-, a mí se me presentó muy pronto la ocasión. Sin duda, juzgándolo por el grado de mi preparación, venía demasiado pronto. Pero había que aprovecharla. Yo, que me conocía, ya me preocuparía de poner mis conocimientos al nivel de mi vocación. Todo el mundo sabía que faltaba una cátedra de Gramática Histórica en Madrid; pues bien, al convocarla, y dada la angustiosa situación de Románicas de Barcelona -donde se echaba de menos. entre bastantes otros, a Pompeu Fabra y a Joan Coromines-, en el Ministerio añadieron una cátedra paralela para la Universidad de Barcelona.

Las oposiciones se desarrollaron entre junio y julio de 1947, con un calor atroz. La blanca pared del Hotel Palace proyectaba un resol en las salas del edificio del Consejo (donde se desarrollaban los ejercicios) que se hacía inaguantable. Ante el Tribunal (formado por Armando Cotarelo, Dámaso Alonso, García de Diego, García Blanco y Morales Oliver) luchábamos Rafael Lapesa, Juan Pérez Millán (que desapareció

antes del 4.º ejercicio), Manuel Alvar y yo mismo. Lapesa sacó la cátedra de Madrid, y la de Barcelona quedó vacante (al haber considerado el Tribunal que Alvar y yo nos neutralizábamos recíprocamente). Las oposiciones fueron de guante blanco. A propósito, yo suelo decir que, donde muchos amigos se convierten en enemigos, dos desconocidos (Alvar y yo) se hicieron amigos.

Por suerte, repetimos el año siguiente. No habiéndose provisto por concurso de traslado la cátedra de Barcelona. volvió a salir a oposición. Pero se incorporaba a la convocatoria la de Granada. que también urgía cubrir. Ahora opositábamos por segunda vez Manuel Alvar y yo, y se estrenaba Emilio Alarcos Llorach. Terminados los ejercicios, el Tribunal (compuesto por Antoni Griera, García Blanco, Joaquín de Entrambasaguas, José M. Castro y Calvo y Rafael de Balbín) nos votó a mí y a Alvar, y salimos catedráticos, él de Granada, yo de Barcelona. Esto era en mayo de 1948, durante las fiestas de san Isidro, y yo cumplía 28 años el 30 del mismo mes. No mucho después, Alvar y yo, miembros ya de otro Tribunal de oposiciones, tuvimos la satisfacción de votar a Alarcos Llorach y a Manuel Muñoz Cortés, catedráticos de Gramática Histórica de Oviedo y Murcia, respectivamente.

Como ya se infiere de lo que acabo de decir, la cátedra era de Gramática Histórica española. Con la libertad que da una cátedra universitaria, yo orienté desde el primer momento mi trabajo personal a español y a catalán, con cre-



Compañeros de Badia i Margarit (primero de la izquierda), del curso de bachillerato en la Escuela Blanquerna, 1945

AUTOR/TEMA

ciente predominio de éste último. Mi condición de catedrático de español no me impedía ser encargado de la disciplina de «Filología Catalana», y de otras materias de catalán. Tuve el título administrativo correspondiente durante casi treinta años: en 1977 pasé por traslado, a la cátedra paralela de Gramática Histórica catalana, que ocupé hasta mi jubilación (1986).

5. Las líneas de investigación

Al presentarme a las oposiciones a cátedra, mi bagaje científico sólo poseía una relativa consistencia. Por un lado, tenía asimiladas las publicaciones que genéricamente podemos denominar de la escuela de Menéndez Pidal, el núcleo del Butlletí de Dialectologia Catalana, la Revue de Linguistique Romane, los manuales básicos de lingüística románica y las aportaciones de los hispanistas extranjeros; los trabajos de Walther von Wartburg entre 1930 y 1940 habían ejercido un influjo considerable en mi preparación. Por otro lado, podía exhibir unos cuantos libros, artículos y reseñas, por los que era fácil prever la trayectoria que iba a describir mi investigación personal, y que describió, efectivamente, hasta alrededor de 1960. Sus principales derroteros fueron cuatro: la fonética experimental, la gramática histórica, la dialectología y la toponimia. Como se advierte por los enunciados,



En 1945

en realidad todas estas manifestaciones se adscribían a una sola escuela: la que había informado la romanística desde comienzos de siglo. A continuación, iré tomando en consideración cada una de esas cuatro concreciones de mi trabajo, incorporándolas como mejor convenga al esquema de la presente autobiografía. Esas materias eran objeto de mi atención principalmente sobre castellano, aragonés y catalán (este último, que casi no se advierte en mis primeras publicaciones, experimenta una progresión extraordinaria en el curso de la década mencionada). Por lo que respecta a los medios por los cuales dichas materias se canalizaban, he de precisar que eran la docencia universitaria en Barcelona, las actividades científicas del Institut d'Estudis Catalans, conferencias y cursos en otras universidades, y comunicaciones a congresos y publicaciones en general.

Consciente de las graves lagunas de información y de metodología por las que se había distinguido mi carrera universitaria, tenía que esforzarme por hacerlas desaparecer. A ello responden los diez o doce años de encierro que yo mismo me impuse, y que tuvieron que compartir conmigo mi mujer y mis hijos (y que compartieron comprendiendo). De momento, colmar lagunas. Durante mis oposiciones a cátedra, en los círculos que se formaban en los descansos (todos de filólogos interesados que venían «a ver qué pasa»), a veces se hablaba, como de la cosa más natural del mundo, de un libro determinado que yo no conocía. Podía ser la cosa más natural del mundo, pero a mí nadie me había hablado de ese libro. Disimulando, me apartaba e iba a la biblioteca a descubrirlo y a hacerme cargo de su contenido. Explico esta anécdota, no única, para hacer ver el retraso que sufría mi documentación profesional. Diez o doce años, digo, si no más: sólo la tesis (leída en 1945), las oposiciones (realizadas en 1947 y 1948) y el manual de gramática histórica catalana (aparecido en 1951), sin contar bastantes otras publicaciones ni las clases (que siempre preparaba concienzudamente), exigían una dedicación total, absorbente.

6. La fonética experimental

Durante mis estudios en la Universidad me había dolido constatar que las actividades de Pere Barnils en la fonética experimental hubiesen quedado truncadas y que no existiese ningún manual de pronunciación catalana comparable al de T. Navarro Tomás. Ambas ausencias me estimularon a consagrar mis esfuerzos, ni que fuesen compartidos, a la

fonética experimental. Me puse en contacto con Artur Martorell (que entonces estaba en Cultura del Ayuntamiento de Barcelona), con el objeto de ver si se podía rehacer el viejo laboratorio de Barnils (que había ido a parar a la Escuela Municipal de Sordomudos). También obtuve del CSIC una beca para pasar un mes en la Universidad de Coimbra, para trabajar al lado de Armando de Lacerda, autor de la llamada «cromografía» fonética. Lo hice en el verano de 1945. Recuerdo que la noticia de la explosión de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki nos llegó a Lacerda y a mí en los últimos días de mi permanencia en Coimbra, y que en Lisboa, ya de regreso, vi las manifestaciones de júbilo popular por la terminación de la guerra mundial. El resultado del trabajo conjunto que hicimos Lacerda y yo fue un libro de fonética catalana publicado por ambos en 1948.

Asimismo el CSIC me facilitó una estancia de cinco meses en el Laboratorio de Fonética Experimental de la Universidad de Zurich, que dirigía Eugen Dieth, con la colaboración de Rudolf Brunner. Allí trabajé, entre febrero y junio de 1950, con el quimógrafo eléctrico, y allí saqué una colección de palatogramas que, sin que yo les hubiera dado entonces mayor importancia, y visto su valor documental, ha acogido y publicado la revista Estudios de Fonética Experimental (que publica la Universidad de Barcelona), tomo II, 1986.

Todavía tuve la oportunidad de sacar filmes radiológicos de 160 frases cortas, que contenían las distintas posibilidades articulatorias de la lengua catalana. Esto se hizo en 1964, en la Radiologie Centrale de Estrasburgo. Los materiales así obtenidos los cedí a Ramon Cerdà, que los aprovechó en parte para su tesis doctoral sobre el timbre vocálico en catalán (1967), y los utilizará en otras investigaciones ulteriores.

Con todo, la verdad es que la fonética experimental no me seducía excesivamente, y poco a poco fui abandonando los proyectos que yo mismo había construido al respecto. Hoy me alegra contemplar el auge que en los últimos tiempos han conseguido los estudios de fonética experimental en nuestros medios universitarios catalanes. Así ya no he de reprocharme el haberlos abandonado.

7. Las primeras salidas al extranjero

Desde el primer momento comprendí que, en nuestras disciplinas, el contacto personal entre colegas y entre grupos o escuelas es básico, y siempre he procu-

AUTOR/TEMA

rado obrar en consecuencia. Para ello, asistir a congresos y coloquios, dar conferencias y ejercer la docencia como profesor visitante son las maneras clásicas de fomentar esa relación. He tenido abundantes ocasiones de ponerlas en práctica, y aún no he aprovechado todas las que se me han ofrecido, porque uno tiene que anteponer el trabajo personal —el motor del universitario— a sus resultados y aplicaciones.

Dejando al margen el viaje a Coimbra en el verano de 1945 (al que me acabo de referir en el apartado 6), mi primera salida al extranjero fue para asistir al Congreso de Toponimia y Antroponimia de Bruselas (julio de 1949). Con mucha ilusión preparé una comunicación sobre toponimia botánica en Cataluña, que expuse en una sesión presidida por Auguste Vincent. Pero si menciono este viaje es para decir que en Bruselas tuve la oportunidad de conocer personalmente a un elevado número de romanistas, así como a Bosch Gimpera, que entonces estaba en la Unesco (París), y a quien el Presidente del Congreso invitó a hablar «au nom des apa-

Un año después (1950) pasé unos meses en Zurich (apartado 6). Suiza, como Francia, y, en menor escala, Alemania, fueron para mí la revelación de la romanística europea. Visité en sus seminarios o en sus casas (o ambas cosas a la vez, según los casos) a Arnald Steiger, Walther von Wartburg, Jakob Jud, Karl Jaberg. En Basilea conocí a Kurt Baldinger (que entonces estaba en Berlín). Estuve un par de días en Munich, ciudad todavía medio en ruinas. Hice, al regreso, un viaje demorado, por etapas, durante el cual pasé por Grenoble (allí estuve con Antonin Duraffour), Lyon (Pierre Gardette y su equipo), Dijon (Robert Loriot) y París (donde visité a Mario Roques y asistí a la reunión libre que todos los meses celebraban los lingüistas de París -y allí estaban Albert Dauzat y otros).

8. La gramática histórica

Este era el campo fundamental para el trabajo personal con que yo soñaba. Estudiante todavía, escribí a Ramón Menéndez Pidal, exponiéndole mis ganas de aportar algo en esta dimensión. Mi carta se justificaba en una nota a su *Gramática histórica*, en la que él se mostraba deseoso de que alguien estudiase ciertas pronunciaciones arcaicas del antiguo aragonés del reino de Valencia. Indirectamente Menéndez Pidal me recomendó que me pusiera en contacto con Dámaso Alonso.



Cena de despedida de un catedrático de la Facultad: Elias Terés, Martin Almagro, A.M. Badia i Margarit, Josep M. Millàs y Sebastián Cirac. 7 de diciembre de 1949

Mi visión historicista de los hechos de lengua se advierte en la división del trabajo que convinimos J. Roca-Pons y yo, cuando se nos encargó una segunda edición española de *El lenguaje*, de J. Vendryes. Además de cuidar de otros aspectos de la reedición, incluimos en ella un «Panorama de la lingüística moderna» (1958), cuyos capítulos nos distribuimos Roca y yo, de forma que a mí me correspondió la parte explicable a partir de los neogramáticos y sus continuaciones y sus réplicas.

Nada más natural, pues, que mi primer artículo científico versara sobre el aragonés de Juan Fernández de Heredia (siglo XIV), el cual apareció en la Revista de Filología Española de 1944. Por otro lado, terminadas las oposiciones a cátedra, reemprendí la elaboración de mi Gramática histórica catalana, entonces ya muy adelantada, y que se publicó en 1951. Esta empresa era grande y ambiciosa, sin duda desproporcionada, dada la exiguidad tanto de mi preparación como de mi experiencia. Sin embargo, desde el primer momento pensé que el entusiasmo y la vocación podían compensar ambas deficiencias. Y que las compensaron, por lo menos en parte, parece probarse por la buena acogida que todo el mundo dispensó al libro. Además, yo estaba convencido de que, en libros como el mío, la edición importante podía ser la segunda, que el autor refunde teniendo en cuenta las reseñas v críticas v aportando su mayor conocimiento. Ahora bien, la primera edición tardó en agotarse, y, cuando se podía pensar en rehacerla, era yo quien me

veía imposibilitado por mil quehaceres. Treinta años después, en 1981, salía una versión catalana, pero, para vergüenza mía, el texto era exactamente el de 1951, sólo que traducido. De ello me excusé sinceramente en la advertencia preliminar a la nueva edición, que, ello no obstante, no dejaba de quedar justificada. En 1984, salía la 2.º edición en catalán. Ahora, uno de mis firmes proyectos de trabajo es lanzarme por fin a refundir mi libro de 1951... (cf. apartado 27).

Aunque, por evidente influencia de los neogramáticos, al mencionar la «gramática histórica», pensamos sobre todo en la evolución fonética, he de decir que yo siempre la he concebido como «historia interna» de la lengua, que es otra manera de designarla. Esto ya se advierte en mi primer artículo, sobre la lengua de Fernández de Heredia (ya aludido), y en especial en mi tesis doctoral, sobre un tema de morfología (IBI, INDE). Pero pienso que no es exagerado afirmar que me ha interesado de un modo muy singular la sintaxis: los usos del imperfecto de indicativo (1949), los demostrativos y los verbos de movimiento (1952), el subjuntivo de subordinación (1953); descuella la atención prestada a las formulaciones paratácticas de los orígenes (en la frase catalana, 1952); en la épica castellana, 1960), alguna de ellas fosilizada en determinadas hablas, como el hispanoamericano ojalá «aunque» (1954). No menos me han preocupado las fuentes de los textos en la medida en que éstos son traducción o se inspiran en aquéllas, en la Crónica

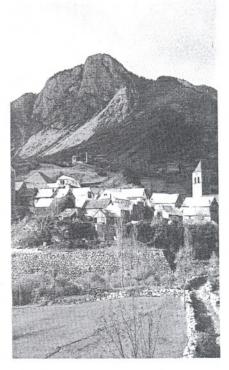
General de Alfonso el Sabio (1960 y 1962), así como el rico campo de las relaciones lingüísticas entre catalán y castellano: la que, con un término que tomé prestado de Amado Alonso, denominé «fisiognómica» comparada entre ambas lenguas (1955). Cuanto acabo de decir no ha de interpretarse en el sentido de no haber valorado el papel fundamental de la fonética en la evolución interna de la lengua. Ello se evidencia en la extensión que tiene la parte de fonética en mi gramática histórica catalana, con respecto al conjunto del libro. Recuerdo además el artículo sobre la [z] catalana derivada de los sonidos latinos D, C' y TY, según datos del atlas de Griera (1953).

He hablado de «historia interna». Aunque menos, no he dejado de asomarme a la llamada «historia externa» al estudiar Andreu Febrer (1959) o Ramon Llull (1960). Ni a la edición de textos: me refiero ahora a las Regles de esquivar vocables (1950 a 1953), que tan perfectamente retratan las polémicas de fines del siglo XV sobre la pureza de la lengua catalana. A propósito: si en el estudio que dediqué a las Regles no llegué a tratar del léxico -que es lo más destacable en ellas— no fue sólo porque mi atención se viera atraída hacia otros temas, sino, en el fondo, porque nunca me he considerado un especialista en vocabulario. No obstante, no he dejado de acercarme a ciertos aspectos lexicográficos. Los cito a efectos de no dejar incompleta la presente información (y lo hago aquí, aunque algún título debiera mencionarse dentro del párrafo siguiente, apartado 9, sobre dialectología). Las palabras que significan «alcalde» (1954), según datos del Atlas Lingüístic de Catalunya (en homenaje a Millàs); sobre algunos nombres de plantas en aragonés (1954); sobre extranjerismos léxicos en Juan Fernández de Heredia (1954), en el homenaje a Fritz Krüger; los derivados del latín FERIRE (1955), sugerido por un texto de Wartburg; las ramificaciones semánticas de bregar (1955), en el homenaje a A. Griera; las concordancias léxicas entre gascón y catalán (1956), comunicación al II Congreso de Estudios Pirenaicos, celebrado en Luchon en 1954, y que anteriormente había sido expuesto en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander; las denominaciones catalanas de la «coqueluche» (1958), en el homenaje de Walther von Wartburg; el catalán y los verbos que significan «subir» (1958), en el homenaje a Gerhard Rohlfs, y el vocabulario nuevo en la traducción catalana de los salmos por Carles Cardó (1963), en la Miscelánea que lleva su nombre. Añádase una

pequeña incursión en el campo del conceptismo en *El Criticón* de Gracián: «Génova-Ginebra» (1968).

9. La dialectología

No he de definirla, ni he de patentizar cómo es complemento indispensable de la gramática histórica. Mis primeras salidas de encuesta dialectológica fueron tempranas. Del 14 de julio al 6 de agosto de 1944 hice la primera. Durante el curso anterior yo había trabajado a fondo en mi tesis doctoral, y en el verano la tenía prácticamente hecha. Me faltaban, empero, los datos de *y*, *end* en aragonés moderno, para poder completar el capítulo dedicado a esos adverbios



pronominales en la actualidad. La parte catalana no me ofrecía dudas, pero estaba sin informaciones respecto al aragonés. Redacté un cuestionario, muy breve, para recoger esas informaciones y me trasladé al Pirineo Aragonés. Era, como digo, el verano de 1944. Desde Jaca, empezando por Ansó y Hecho, hasta Benasque, y desde Benasque hacia el sur, hasta Peralta de la Sal y Azanuy, invertí más de tres semanas, haciendo encuestas en 14 localidades. Las terminé, pues, en Azanuy, donde Castro y Calvo, a la sazón decano de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, tenía su casa solariega. Allí me presenté un atardecer, sucio y sin afeitar, y entonces comprendí por qué la Guardia Civil se había interesado varias veces por mis pesquisas dialectológicas... (era la época en que los «maquis» merodeaban por las montañas). Al día siguiente estaba de regreso en Barcelona, y me lanzaba a poner en limpio los materiales recogidos. Había superado —y creo que satisfactoriamente— el bautizo de la encuesta, venciendo el miedo, la vergüenza y la incertidumbre.

El cuestionario sobre y, end era -ya lo he dicho- muy breve. Iba a sobrarme tiempo, porque, además, las comunicaciones eran entonces muy malas, y para ir de pueblo en pueblo se perdía mucho tiempo (y ni hay que decir que hice largos trechos andando, con la mochila a la espalda, y trepando a puertos como el de Sahún, entre Gistain y Benasque). Pero yo iba prevenido: le había pedido a Griera el cuestionario de su Atlas Lingüístic de Catalunya, de modo que amplié cuanto pude el alcance de mis encuestas. No tardarían mucho en aparecer sus resultados: un vocabulario aragonés moderno (1948) y un largo artículo sobre morfología (1947). El análisis de las encuestas realizadas me dio pie para tratar de la metodología de la encuesta dialectal en el I Congreso del Pirineo, de San Sebastián (1950; actas publicadas en 1952).

En mi excursión dialectológica me di cuenta en seguida de la singularidad que presentaba el habla de Bielsa, entre las demás modalidades alto-aragonesas. Así que, tan pronto como me fue posible (verano de 1947), fui al valle de Bielsa, donde pasé veinte días haciendo una encuesta profunda y demorada. Los datos recogidos sobre el belsetán me permitieron redactar una monografía sobre este valle pirenaico, por el que se me concedió el Premio Antonio de Nebrija de 1948. El libro se publicó en 1950.

Sin abandonar completamente el aragonés, mi atención a la dialectología iba a concretarse en el dominio lingüístico catalán, y casi exclusivamente alrededor del nuevo atlas lingüístico, que preparamos sobre todo Joan Veny y yo, y que se ha llevado a cabo bajo la dirección del primero. Me referiré, más abajo, a la empresa del nuevo atlas catalán (apartado 13).

10. El Congreso de Lingüística Románica de Barcelona (1953)

Desde la terminación de la guerra mundial (1945) existía un problema personal (entre colegas franceses) en el «Bureau» de la «Société de Lingüistique Romane», que impedía que se organizase un Congreso en Francia. Aprovechando que la Universidad de Lieja había con-

AUTOR/TEMA

vocado un Congreso de Filología Moderna en 1951, con motivo de una efeméride suya, los romanistas allí reunidos optaron por intentar relanzar la «Société» en el curso de un congreso que debería reunirse en cualquier país que no fuese Francia. A. Griera, que estaba allí, y que toda la vida había soñado con traer el Congreso de Lingüística Románica a Barcelona, hizo la propuesta, que fue aprobada prácticamente por unanimidad.

Griera asumió la presidencia del Comité Organizador; Frederic Udina, no filólogo, pero persona allegada a aquél, fue el secretario, y a mí me correspondió ser vicepresidente. El Congreso exigió de todos nosotros una suma de esfuerzos en varias dimensiones, que en muy buena parte recayeron sobre mi persona, especialmente en lo referente a la organización de las tareas científicas y a la relación con los congresistas. A pesar de que cada vez son menos los romanistas que asistieron, aún hoy se hacen grandes elogios de aquel Congreso -que se me atribuyen casi a mí solo-, porque conseguimos crear un nuevo estilo, que ha durado hasta la actualidad.

El VII Congreso Internacional de Lingüística Románica, el primero que se celebraba en la Península Ibérica, tuvo lugar en el mes de abril de 1953. Después de mis viajes científicos de 1949 (Congreso de Toponimia de Bruselas) y 1950 (estancia en Zurich) (apartado 7), y después de la publicación de mi gramática histórica catalana (1951) (apartado 8), el Congreso de Lingüística Románica de 1953 significó, para mí personalmente, la consolidación de mis relaciones con los romanistas, a través de amplios cambios de impresiones sobre el trabajo científico. Lo que ocurría era que el mundo en que me movía era siempre el de la gramática histórica y disciplinas afines, el mundo en que me había formado.

Por otra parte, el Congreso de Barcelona también fue para mí fundamental en el aspecto de los contactos humanos. Espero que se me permitirá recordar que mi mujer y yo nos propusimos agasajar a cuantos romanistas extranjeros pudiésemos, sentándolos a nuestra mesa. Todos los días teníamos huéspedes, gracias a esfuerzos muy meritorios de mi esposa, que se hallaba en avanzado estado de gestación (cinco semanas después del Congreso nacía mi cuarto hijo, «o menino do Congresso», como nos escribió desde Portugal, al saber la grata noticia, un colega que había estado en casa). Especialmente un día fueron invitados «die grosse Kanonen» de la romanística del momento, y, al frente de todos, Walther von Wartburg, presidente del Congreso. Éste nos contó recuerdos personales de la vida de Jules Gilliéron... Luego se unieron a tomar café con nosotros mis discípulos y colaboradores. Todo muy rápido, porque las sesiones de la tarde estaban a punto de empezar.

11. La toponimia

Esta era una de aquellas disciplinas, meras facetas de una sola orientación, desde el punto de vista científico y metodológico. Ya he dicho que justamente mi primer congreso había sido el de Toponimia de Bruselas. En aquellos primeros años colaboré en la revisión y corrección toponímicas para el Servicio Cartodo según las oportunidades. Alentado por A. Griera, y con la colaboración de Francisco Marsá (que preparaba, bajo mi dirección, una tesis doctoral de toponimia), organicé el llamado «Corpus de Toponimia Catalana», con la pretensión de que fuera un acopio de datos antiguos y modernos, que estaría abierto a los investigadores y que sería la base de nuestros propios estudios en la materia. La verdad es que, a la sazón, yo desconocía el «Onomasticon Cataloniae» de Joan Coromines o, si lo había visto citado en algún sitio, ignoraba sus características. Nuestro proyecto se convertía en una réplica a una empresa científica ya existente, tenida por muy solvente por cierto, y que en aquel momento ya constaba de muchos millares de fichas, cuando nosotros nunca hubiéramos or-



VII Congreso Internacional de Lingüística Románica. Barcelona, abril de 1953. A.M. Badia i Margarit, Paul Aebischer (Lausanne), Frederic Udina (Barcelona), Francisco Buscarons (Rector de la Universitat de Barcelona), John Orr (Edimburgo), Antoni Griera (Barcelona), Angelo Monteverdi (Roma), Pierre Gardette (Lyon), Antonio Tovar (Salamanca), Rafael de Balbín (Madrid)

gráfico de la Diputación de Barcelona. A temas de toponimia consagré atención y esfuerzo, tanto en la recogida y análisis de nombres de lugar, como en la interpretación e identificación de topónimos citados en documentos medievales, como detallaré a continuación. Además, desde 1951, y durante unos cuantos años, me encargué -solo o en colaboración- de la crónica sobre publicaciones de onomástica aparecidas en España, que se insertaba en Onoma, boletín del CISO («Comité Internacional de Ciencias Onomásticas»), en Lovaina.

No he de ocultar aquí un episodio que recuerdo con pena. Yo me había lanzado a trabajar sobre toponimia, levendo publicaciones monográficas y preparando temas que irían aparecienganizado una recogida paralela, como para entrar en competencia con el «Onomasticon». Yo había sido manipulado para que fuese efectiva mi oposición a Coromines. En seguida renunciamos a nuestra idea, aun cuando durante un cierto tiempo dimos información de la tarea realizada, que era cierta y comprobable en la propia Universidad barcelonesa. Cuando, pocos años después, tuve conocimiento cabal del «Onomasticon», bendije la hora en que nosotros decidimos interrumpir las actividades del «Corpus».

Como he dicho, dediqué muchos esfuerzos y muchas horas a trabajos de toponimia. Sobre Mal con la significación de «roca» (1949), sobre Nava (1951), sobre el sufijo -ui en nombres de lugar (1952), sobre los topónimos en el camino de Santiago de Compostela (1954). En el Congreso de Lingüística Románica de Barcelona (1953), y como primera etapa de una excursión que llevaría a los congresistas a Sant Cugat del Vallès v a Terrassa, di una conferencia al aire libre en la cumbre del Tibidabo. En ella presenté los nombres de las poblaciones y montañas que se divisan desde allí, señalándolas con la mano, por más que la niebla, que había hecho su aparición en aquella mañana de abril, obligaba a mis oyentes a creer en la existencia de unos topónimos que no veían; la verdad es, empero, que nadie la puso en duda, y que todo el mundo se fió de mi palabra.

Una tarea que me interesó extraordinariamente -hasta apasionarme por ella— fue la de identificar topónimos citados en documentos escritos hace mil años (o posteriores) a través de los nombres de lugar conservados hasta hoy, mediante las correspondientes encuestas toponímicas sobre el terreno. Empecé por el famoso documento de las «quinientas firmas» (como se suele denominar el acta de reconocimiento de propiedad a Sant Joan de les Abadesses, del año 913), al que dediqué dos comunicaciones (1958 y 1961). Seguí con el acta de consagración de la Roca del Vallés, del año 932 (1962). Además, aventuré una etimología celta para Lledó (1966), y defendí un origen no botánico, sino oronímico, para los nombres Maçana y afines (1966). El recurso a la toponimia me ofreció una solución ante determinadas situaciones concretas: la toponimia del centro de Europa en el relato de Pero Tafur, para el homenaje de István Frank (1957), o una contribución, de valor muy relativo, a la toponimia del Brasil, para corresponder a la insistencia de mi amigo Luis F. Lindley Cintra en que no dejara de asistir a un Coloquio de Estudios Luso-Brasileños (Lisboa, 1957; actas publicadas en 1959).

Mediada la década 1960-1970, y en relación con un gran cambio en mis orientaciones científicas —del que más abajo, apartados 15 y 18, daré cumplida cuenta—, decreció hasta aletargarse mi dedicación a temas toponímicos. Esta sólo se manifestó en 1972, con la defensa de las grafías genuinas en la toponimia catalana (cometido que luego ha sido asumido por el «Institut d'Estudis Catalans», con mi modesta cooperación). Pero todo ello, de carácter distinto, no rompía el letargo a que aludo. Sí que lo rompió, en cambio, la preparación, a fines de la década siguiente, de mi ensayo sobre la formación de la lengua catalana (aparecido en 1981, y al que me referiré luego, apartado 26), en el cual me baso de modo esencial en datos toponímicos. No en vano, y después de años de no acudir a los Congresos de Onomástica, hice acto de presencia en el de Cracovia (1978), cosa que para mí tenía una significación especial, en el sentido de volver a los orígenes. Es cierto que este regreso no tuvo continuidad, pero ello no se debió a un cambio de actitud científica, sino a haberse interferido mi elección al Rectorado de la Universidad de Barcelona, que alteró de raíz mi labor de lingüística, como también explicaré (apartado 25). Espero que, pese a todo, la recuperada atención por la toponimia prevalecerá.

12. La «Enciclopedia Lingüística Hispánica»

Mis numerosos viajes a Madrid se explicaban, las más de las veces, por razones administrativas, por las actuaciones de Tribunales de oposiciones a cátedras, o cometidos semejantes. Pero hay otra actividad que se sale de esta clasificación. Una actividad que los que la iniciamos y sostuvimos durante años nunca olvidaremos, y que también nos llevaba a la villa y corte: la Enciclopedia Lingüística Hispánica. Su preparación se desarrolló en los años cincuenta, y a mí me satisfizo sobremanera contribuir a la realización del proyecto. Sus padres fuimos Manuel Alvar y yo, que pasamos juntos unos días, formando parte de un Tribunal de oposiciones a cátedra. En esta ocasión se puede decir perfectamente que la cosa vino sin pensar. En una conversación vaga, salimos a hablar del Grundriss, de G. Gröber. «Pese a ser tan viejo, y hallarse superado por excelentes estudios posteriores, todavía -nos decíamos— acudíamos a su consulta. Ahora, con la ampliación de conocimientos sobre las lenguas románicas que se ha producido desde comienzos de siglo, ya no sería posible hacer un nuevo Grundriss. De toda la Romania, no; pero de una parte, por ejemplo, la Península Ibérica, ¿por qué no?» El resto es fácil de adivinar. Acabamos cogiendo un papel y apuntando los nombres de especialistas que podrían encargarse de los diferentes capítulos de que había de constar la obra, que, en nuestra imaginación, ya veíamos perfecta y acabada. Una gran obra de conjunto, seguramente de seis tomos, sobre español, portugués y catalán, amén de una parte general. Para el portugués, recurriríamos a Luis F. Lindley Cintra, a quien conocíamos bien. Y para la organización y financiación (que ningún editor corriente hubiera podido asumir) hablaríamos con Rafael de Balbín, por

quien el Consejo Superior de Investigaciones Científicas podría interesarse por el proyecto. Al salir de Madrid ya habíamos hablado con Balbín, y fijada la fecha de una primera reunión, convocamos a Cintra.

Enterramos en el proyecto muchas docenas de horas. Pero nos animaba constatar que era bien recibido y que, salvadas unas pocas excepciones plenamente justificadas, los especialistas a quienes invitábamos a colaborar aceptaban interesados y complacidos. Personalmente conservo un recuerdo imborrable de las visitas que hicimos a Ramón Menéndez Pidal, en su casa de Chamartín. El escribió una larga introducción a la Enciclopedia de más de 100 páginas. A comienzos de 1960 salía el tomo I: Antecedentes y Onomástica, con una veintena de colaboraciones. El tomo apareció sin haber podido acoger la prometida colaboración de Dámaso Alonso. Cuando ésta nos llegó, decidimos publicarla como Suplemento al tomo I. Un suplemento de 215 páginas, sobre la fragmentación fonética penin-

La empresa pronto empezó a languidecer. Nosotros -el comité editorcada vez teníamos más compromisos. No todos los colaboradores observaban los plazos convenidos. En 1967 pudimos sacar el primer volumen del tomo II: Filología española (Elementos constitutivos y fuentes). Pero la verdad es que ya nos resultaba difícil reunirnos, y más difícil empujar. La propuesta de crear un segundo comité editor, más ejecutivo, constituido por personas de nuestra confianza (conservando siempre nosotros la iniciativa y la responsabilidad de la obra) —que era la única solución no fue aceptada por todos.

Y así quedó sin continuación un esfuerzo que, a juzgar por la manera como habían sido saludados sus primeros resultados, llenaba un verdadero hueco en la bibliografía de la lingüística hispánica.

13. El «Atlas Lingüístic del Domini Català» (ALDC)

Por un lado, las ganas de trabajar que nos caracterizaban, a mí y a cuantos se me acercaban (y que, si venían, era porque sentían como yo las inquietudes que suscita la vocación científica); por el otro, el hecho de que, cuanto más trabajábamos con el Atlas Lingüístic de Catalunya, de A. Griera, más graves y más numerosas eran las deficiencias que descubríamos en él. Nada más natural que en seguida sucumbiéramos a la tentación de pensar en un nuevo Atlas. Las

AUTOR/TEMA AUTOPERCEPCIÓN INTELECTUAL

primeras conversaciones sobre el proyecto las sostuvimos Germà Colon y yo, y fuimos ambos quienes anunciamos el proyecto, por primera vez, en la revista *Orbis* (1952), de Lovaina. Yo hubiera preferido esperar todavía hasta ver más claramente todos los aspectos de método, pero Colon insistía, y por eso accedí a publicar una nota breve al respecto (Colon estaba entonces en Lovaina, estudiando bajo la dirección de Sever Pop, y éste era el más impaciente, porque quería dar la información desde la revista que dirigía).

Ya estaba anunciado. Colon y yo reiteramos la información en el Congreso de Lingüística Románica de Barcelona (1953). El proyecto, sin embargo, sufrió modificaciones importantes, tanto en el equipo de responsables como en las orientaciones de método. Se incorporó Joan Veny, el futuro director efectivo de la obra. También Manuel Companys (formado en la escuela de Jean Séguy, de Toulouse). En el Congreso de Romanística de Lisboa (1959) todavía presentamos una comunicación sobre el estado de los trabajos del Atlas y sus aspectos metodológicos, firmada por los cuatro (Badia, Colon, Companys y Veny) (Actas publicadas en 1962). Pero pronto las cosas iban a cambiar. Por razones plenamente justificadas en ambos casos, Germà Colon y Manuel Companys se fueron retirando de la empresa. En realidad, el cuestionario fue redactado, en inacabables jornadas, por Joan Veny y yo (y no lo imprimiríamos hasta 1965). Y Joan Veny y yo hicimos la primera encuesta, en Sant Pere de Ribes (cerca de Sitges), del 3 al 5 de julio de 1964. Recuerdo que, terminada la encuesta, le dije, bromeando, a Veny: «¡Ya sólo nos faltan 199 encuestas!» (entonces teníamos una idea muy matemática de nuestras doscientas localidades).

Aún hubo más cambios. Tuvimos que abandonar el método de la encuesta indirecta (hecha con grabación, y transcrita más tarde), que nos resultó impracticable. El grupo de exploradores se fue ampliando, de acuerdo con las necesidades de las encuestas. Por mi parte, yo hice unas cuantas de ellas, pero luego fui dejando, bien a pesar mío, esa entrañable familia del Atlas. Hoy, que todos los trabajos preparatorios están ya efectuados, mi papel ha de reducirse, en todo caso, a procurar que la publicación de una obra de tanta envergadura sea una pronta realidad. Aunque mi nombre vaya figurando al frente del Atlas, y ocupe el primer lugar en los nombres de sus responsables (y no sólo por orden alfabético de nombres, sino sobre todo por respetuosa deferencia para conmigo), el mérito de su aportación

corresponderá siempre a Joan Veny. Por mi parte, yo estaré siempre contento —más que contento: orgulloso— de haber ayudado a que naciera la empresa, haber redactado con Veny su cuestionario, y haber animado en varias ocasiones a sus ejecutores.

14. La problemática universitaria

Hasta aquí sólo he hablado de trabajos científicos, de aspectos de método, de relaciones personales y profesionales con los colegas, de ambiciosos planes de investigación. Ahora bien, una gran parte de mi tiempo como universitario se lo han llevado los estudiantes. En efecto, si descontamos las vacaciones (que siempre he procurado aprovechar para mi trabajo personal), se acercan mucho a la mitad de mi tiempo profesional las horas que he dedicado a la enseñanza (preparación de los cursos, su desarrollo, exámenes, consultas, dirección de trabajos, etc.).

No sé si es elegante que lo diga yo mismo. Pero estoy intentando escribir una autobiografía, y no veo manera de soslayarlo. Siempre me he sentido atraído por los estudiantes, me he lanzado a hacer mis cursos con entusiasmo, con verdadera pasión. He buscado la manera de hacer más interesantes y más provechosas las horas de clase. He sufrido enormemente al calificar exámenes (que me he leído varias veces en casos de duda).

También me han interesado sus problemas, sus preocupaciones, sus vidas. Antes de la masificación de nuestras facultades de letras, con grupos más reducidos, nos conocíamos todos. A menudo yo organizaba excursiones, y, en su transcurso, hablábamos, cantábamos y nos divertíamos. Al final del año académico, nos reuníamos mi mujer y yo con los que habían terminado sus cursos conmigo (recuerdo que, durante años, fui con ellos a Miramar, donde compartíamos algunas horas).

Al mismo tiempo me preocupaba la institución. La Universidad suele presentar siempre un desajuste entre la realidad viva y pujante del país y su propia estructura y su propio funcionamiento, los cuales, lejos de ponerse al nivel de aquélla, se convierten sistemáticamente en su freno más despersonalizador. Pero esto que, como digo, ocurre normalmente, se agudiza en épocas de dictadura, que acentúan el papel de freno porque temen las manifestaciones de aquella realidad. Es decir, que a los defectos tradicionales se unían los de la situación política vigente.

Dejando aparte mi discrepancia ideológica con el régimen de Franco (que ya he manifestado en lo que respecta a la cuestión catalana, pero que se extendía a otros ángulos que aquí no es necesario especificar), era fácil constatar que en los medios estudiantiles las cosas iban cambiando a un ritmo acelerado. La preocupación al respecto pronto alcanzó las más altas esferas, y el propio Franco pidió un informe a dos ilustres figuras de relevante prestigio científico y humano, rectores a la sazón de dos Universidades del país. En este informe,



VII Congreso Internacional de Lingüística Románica. Barcelona, abril de 1953. A.M. Badia i Margarit diserta sobre toponimia de Barcelona en el Tibidabo

que pronto se difundió por doquier en copias privadas, se hacía ver que estaban llegando a la Universidad promociones de jóvenes que no habían vivido conscientemente la guerra civil ni sus consecuencias más inmediatas, y que había que aceptar que su actitud ante la realidad política quedase libre de unos condicionamientos de los que hasta entonces nadie se había podido librar. Esto explica la asamblea del Paraninfo de la Universidad de Barcelona (1957), que no he de comentar aquí, y toda la secuela de actuaciones que implicó, de creciente intensidad, empezando por las sanciones impuestas a los estudiantes. Aquel día estuvimos «de guardia» (porque quisimos) Luis Pericot, Juan Vernet y yo, que permanecimos en la Universidad, sin movernos, sin comer, hasta bien mediada la tarde. Estos hechos me afectaron mucho, y no eran más que el comienzo de un proceso, lento, duro, agotador. Siempre fui partidario del diálogo con los estudiantes, siempre busqué comprenderlos. Todo ello estaba involucrado en la política general, lo cual me obligaba, en ocasiones, a disimular, cosa que todavía me desazonaba más. Resultado: yo vivía en tensión constante, a menudo me encontraba forastero en mi propia Universidad —mi entrañable Universidad—, v dejaba de asistir a sus actos sociales. Mi posición era compartida por un reducido número de catedráticos de varias Facultades, entre los que había contactos permanentes. A veces nos sentíamos tan incómodos que llegábamos a tomar en consideración la posibilidad de dejar la Universidad, a base de proyectos siempre quiméricos. Y añadíamos: «Después de criticar a los Rubió y a los Soldevila y a tantos otros, por haberse inhibido y no haber entrado en la Universidad, ¡sólo faltaría que ahora nosotros, que jugamos a esta carta, renunciáramos a ella!». Lo digo únicamente para explicar nuestros sentimientos de universitarios frustrados.

15. Un cierto agotamiento

Alrededor de 1960 empecé a notar síntomas de un estado especial de espíritu, como una fatiga de muchas cosas, que incluía —y esto me alarmaba— mis planes de trabajo y mi actividad científica, así como mi entusiasmo por los cursos. Es lo que llamo un cierto agotamiento. Vistas las cosas a una distancia de más de 25 años, creo que todo tiene su explicación. Sus explicaciones. He aquí las cuatro que me parecen más ajustadas:

a) Trabajo monotemático. Desde mi primer artículo en la Revista de Filología Española y la elaboración de la tesis doctoral (apartados 3 y 8), había trabajado sin descanso, con entusiasmo, con vocación. No sé si con eficacia -no me corresponde a mí juzgarlo—, aunque sí puedo afirmar que no hacía otra cosa. En cambio ahora yo intuía un cierto cansancio en el trabajo que había llenado mi vida durante más de 15 años. Todo lo que he presentado hasta aquí como actividad investigadora, todo pertenece a la lingüística historicista, en sus diferentes manifestaciones, después de todo la lingüística en que yo me había formado. Claro que podía continuar por el mismo camino, y sin duda así contribuir mejor a la ciencia. Otros lo han hecho, y su prestigio ha salido fortalecido. Tal vez yo mismo, de no existir otras



III Coloquio Internacional de Estudios Luso-Brasileños, Lisboa, septiembre de 1957. A.M. Badia i Margarit con su esposa en el autocar durante la excursión a Evora

razones, podía superar la crisis y seguir por la mísma vía de siempre.

Con todo, he de confesar que me desconcertaba el desplazamiento que se producía en todo el mundo en cuanto a temas, métodos y orientaciones en la lingüística. Si uno quería estar al corriente, tenía que leer materia nueva, tenía que aceptar que había otras maneras de trabajar. Y esta constatación me hacía ver que yo iba quedando recluido en un terreno cada vez más acotado. Lo corroboraba la reacción de estudiantes excelentes ante la metodología historicista, sobre la que mostraban graves dudas.

b) Falta de iniciativa. Durante largo tiempo yo no daba abasto a los temas de trabajo que bullían en mi imaginación. Cada artículo, cada comunicación, eran focos que irradiaban incesantemen-

te nuevas posibilidades. En la época que describo, se produjo una especie de vacío. Sé que lo que voy a decir no tendría mayor importancia, porque las realizaciones editoriales se retrasan, se acumulan, y a veces salen a luz casi simultáneamente estudios que uno ha entregado en fechas muy separadas. Pero no deja de ser sintomático que, en mi currículum, en el año 1961 no esté consignada ninguna publicación. ¡Qué lejos otros años anteriores, con largas listas de libros, artículos, comunicaciones, etc. (en los que también las ediciones se retrasaban y se acumulaban, pero el resultado era en definitiva tan rico en obra hecha)! Mis publicaciones del momento eran producto de la inercia (continuación o terminación de trabajos empezados unos años antes: la Crónica General y sus fuentes latinas, los aspectos paratácticos de la lengua arcaica, identificación de topónimos documentados en la Edad Media, etc.) o productos de encargo (como mi monografía de la lengua de Ramon Llull, aparecida en 1960, o una síntesis sobre «lingüística» en el Suplemento anual de la Enciclopedia Espasa de 1957-1958, que se publicó en 1961, o —lo que más tiempo me llevaba— la redacción de la Gramática catalana para la editorial Gredos -sobre ésta, cf. apartado 19 b.

Espero que se me permitirá un breve inciso sobre este libro que, a juzgar por sus tres reimpresiones (la última en 1985), ha sido y es de suma utilidad. Años antes (justamente un par de días después de firmar yo mi contrato con un editor barcelonés para la edición de la gramática histórica que estaba preparando y que apareció en 1951), Dámaso Alonso, director de la «Biblioteca Románica Hispánica», me pidió eso, una gramática histórica catalana. Al responderle yo que la acababa de comprometer, me propuso escribir una gramática moderna —la que, en dos tomos, se publicó en 1962—, al mismo tiempo que él le pedía a F. de B. Moll la gramática histórica que salió en 1952. Pues bien, en aquellos años yo dedicaba la mayor parte de mi tiempo a redactar ese libro, del que yo no había tenido la iniciativa, y que, además, versaba sobre una materia que en principio no me atraía (si bien pronto reconocería que, preparándolo, había ampliado notablemente mi experiencia en un campo poco cultivado por mí).

c) Afán de apertura. A veces tenía una profunda sensación de ahogo. Me veía rodeado de mis libros y revistas, de mis materiales, y me obsesionaba la idea de romper un cerco. Justamente lo que me había salvado como profesional —el permanecer durante diez o doce años

cerrado a todo lo que no era mi actividad científica— ahora se volvía un obstáculo para que mi realización como lingüista y como universitario siguiera adelante. Evidentemente dicha sensación tenía mucho de común con una transformación de mentalidad que me llevaría—y ya me estaba llevando— a intervenir en otras actividades humanas, sociales y culturales, además de las específicamente lingüísticas.

d) Preocupación política. La situación de la Universidad como institución, así como la de todo el país, que se estremecía ante los progresos de factores que iban minando la dictadura, me afectaban cada vez más (cf. apartados 14 y 21). Seguía con interés creciente la problemática universitaria y en concreto la referida a los estudiantes, y la seguía, como decía, con un grupo de profesores igualmente preocupados. La muerte de Jaume Vicens i Vives, a comienzos del verano de 1960, con quien compartía muchos puntos de vista, fue un duro golpe para todos nosotros. Como no se vislumbraban soluciones inmediatas, el único recurso era fortalecer la línea profesional, que, por otra parte, no me satisfacía y para la que me faltaban iniciativas. Un callejón sin salida.

16. Otros viajes

Antes (apartado 7) he dicho cómo valoraba el contacto con colegas e instituciones de otros países. No he de dar aquí la lista de mis numerosos viajes. La asistencia a Congresos y las invitaciones a dar ciclos de conferencias han sido, a lo largo de mi vida, ocasiones de conocer ambientes universitarios diferentes, tratar a jóvenes que se iniciaban en la investigación. Sólo diré que, después del Congreso de Lingüística Románica de Barcelona, he asistido a todos los de la serie, con dos únicas excepciones: el de Estrasburgo (1962), porque aquel año me encontraba en América, y el de Río de Janeiro (1977), porque no me satisfacían las perspectivas de su organiza-

En cambio, quisiera destacar aquí mi condición de «Gastprofessor» en la Universidad de Heidelberg (semestre de verano de 1956), en una época en que allí faltaban profesores, que, además fue causa de que diera conferencias en bastantes universidades alemanas. Dejé Heidelberg el día que Kurt Baldinger (entonces, todavía profesor en Berlín) había sido llamado para ver si aceptaría incorporarse a la Universidad donde yo acababa de profesar unos meses.

Volví a visitar Alemania, de manera mucho más duradera, cuando me nombraron «Gastprofessor» en Munich (verano 1959, invierno 1959-1960 y verano 1960). Gracias a las facilidades que me dio Antonio Torroja, rector de Barcelona, y con fatiga y esfuerzo por mi parte, pude combinar la docencia en ambas Universidades. Esta invitación tenía que ver con mi situación personal de un cierto agotamiento (apartado 15). En el Congreso de Romanística de Lisboa (primavera de 1959) yo había hablado de la problemática universitaria española con Hans Rheinfelder, quien tenía una penosa experiencia de la dictadura nazi. En seguida me dijo que lo comprendía todo, que a mí me convenía salir, y que me propondría como Profesor visitante en Munich. Y así fue. Los



Con Gustavo Buratti en Val d'Aosta

meses pasados en Alemania fueron un buen respiro para mi espíritu universitario puesto a prueba.

17. Un curso en los Estados Unidos (1961-1962)

Así las cosas, me salió la oportunidad de pasar un curso en Georgetown University (en Washington D.C.). En esta Universidad lanzaban un programa de «Graduate School» para el Doctorado, y deseaban contratar a un «Visiting Professor», cargo que me ofrecieron a mí. Salvadas las serias dificultades que suponía la separación familiar, pude llevar a cabo el cometido que se me pedía en aquella Universidad. Además de gramática histórica e historia de la lengua española, expliqué «Estructura del espa-

ñol». Por primera vez tenía a mi cargo una materia sincrónica (que preparé a base de la llamada «descripción lingüística» y el estructuralismo). En Washington fueron decisivos, para mí: las conversaciones con colegas, la bibliografía con que completaba mis guiones de cursos, y la asistencia a la convención anual de «Modern Language Association» (MLA) (Chicago, diciembre de 1961). Di conferencias en varias Universidades de distintos estados, cosa que incrementaba mis relaciones personales y científicas.

Continuando una tarea iniciada unos años antes, y en la que ya me había ocupado en Munich, fundamentalmente recogía datos y extractaba bibliografía con destino a una sintaxis histórica española que nunca fue ni parcialmente redactada ni será nunca realidad (cf. apartado 28). Ahora bien, los artículos que concebí allí no dejaban de tener un aire nuevo, como las precisiones sobre la diptongación española (1962) o la evolución CE- > ci- en catalán (1964).

También en Washington empecé a trabajar en temas de sociolingüística. La lucha por la difusión y la dignificación de la lengua catalana me predisponía para asimilar ciertos aspectos de la nueva ciencia, en los que por eso mismo propiamente no empezaba a cero. Además, en 1951 había dado una conferencia en Zurich sobre la delicada situación del catalán y del vasco (que se publicó en una revista suiza sin nombre de autor, vista la dura situación política del momento en España). En otra dimensión, en 1952 había colaborado en la encuesta general que, sobre el lenguaje de la mujer, había organizado el «Centre International de Dialectologie Générale» de Lovaina, y que se publicó en la revista Orbis. Pero ahora intentaba canalizar mis informaciones de modo más sistemático. Así, en la convención de MLA (1961) leí una breve comunicación sobre «tres problemas del catalán de hoy», y para el IX Congreso Internacional de Lingüistas (que se reunía en 1962 en Cambridge, Massachusetts) redacté una comunicación sobre bilingüismo en Cataluña (ambos trabajos, traducidos al catalán, quedaron incorporados en Llengua i cultura als Països Catalans, 1964). Nótese que fue en Washington que leí el libro de Uriel Weinreich Languages in contact.

18. El abanico se abre

Al regreso de América mi quehacer científico iba a cambiar, ampliándose y adoptando puntos de vista nuevos —se entiende: nuevos para mí—, al propio

tiempo que entraba en una dimensión que antes casi no había tomado en consideración: la divulgación de temas lingüísticos, aplicados al catalán. Asimismo pasé a tener presencia activa en asociaciones culturales y afines, a dar conferencias, escribir prólogos, y a participar en otras manifestaciones de la vida catalana. Vistas desde el ángulo de la férrea línea de investigación que me había impuesto al terminar la carrera en 1943, estas actividades constituían una cierta infidelidad. Infidelidad que, en todo caso, bendije con toda mi alma, y sigo bendiciendo hoy. El caso es que se terminaba mi cerrazón personal y temática. Yo dejaba de ser el universitario químicamente puro (condición que, como he dicho, si me había ayudado de modo decisivo en mis comienzos, había acabado haciendo de mí un universitario enrarecido). Ahora me sentía comprometido ante la sociedad, a través de la investigación lingüística y de la docencia universitaria, a través de la divulgación de mis temas de trabajo y a través del empeño de transformar y humanizar estructuras (sea en la propia Universidad, sea en cualquier otra dimensión social). Ello no quiere decir que en ocasiones no haya sentido una cierta aflicción al compararme con quienes —por no haber hecho concesiones en el cultivo de la especialidad o por haber escogido establecerse en el extranjero, cosa que les facilitaba ese exclusivismo científico— se han consagrado enteramente al quehacer científico, convirtiéndose así en primeras figuras indiscutidas. Pero no, la verdad es que no me arrepiento de haber abierto el abanico. Por lo menos, tengo conciencia de haber intentado hacer progresar ciencia, cultura y desarrollo humano en el mundo que me rodea.

Como he insinuado, mi propia tarea científica pasó a reflejar distintas direcciones de trabajo. He de reconocer que a su mayor diversidad temática correspondía una menor intensidad de rigor. Por eso yo mismo me he atribuido -no sin lamentarlo- un cierto mariposear. Con todo, si procuré atender a varias orientaciones en la investigación no fue por frivolidad. Las que en más de una ocasión he denominado mis «veleidades estructuralistas» obedecían a algo que para mí era un verdadero imperativo de conciencia: contribuir a que en catalán hallaran expresión las diferentes escuelas y posiciones lingüísticas que habían ido apareciendo en el mundo científico. Claro que lo hice más como un deber patriótico que como respuesta a un planteamiento razonado, lo cual implica que a menudo he trabajado sin toda la preparación adecuada. Pero así se ha podido incorporar más fácilmente una nueva metodología lingüística, que es lo que me interesaba. Por lo que respecta a la sociolingüística, ha ocurrido algo parecido. No en vano Francesc Vallverdú dijo de mí, en una recensión, que yo era un sociolingüista ocasional: que, de no haber sido el hundimiento de 1939 y la subsiguiente represión franquista, yo no iba para sociolingüista (cf. apartado 19 c). Esto es exacto: todas mis denuncias del trato injusto dado a la lengua catalana, todos mis esfuerzos por su normalización, que me llevaron a presidente del Grup Català de Sociolingüística -sin que en rigor me correspondiese el cargo-, y que he visto generosamente coronados al ser designado para la cumbre del II Congrés Internacional de la Llengua Catalana (1986), se basaban más en unos deseos enormes de fomentar la realización de la lengua que en un proyecto sistemático de sociolingüística.

19. Nueva clasificación de las líneas de trabajo. Otras actividades

Por tanto, a partir aproximadamente de 1962, mis inquietudes científicas se movieron en un espacio mucho más extenso que las cuatro líneas de investigación de 1948, las cuales, como hemos visto, en realidad se reducían a una sola: la romanística tradicional (apartado 5). Ahora, y hasta mi jubilación en 1986, se pueden clasificar como se expone a continuación:

a) Lingüística diacrónica. Historia de la lengua. De momento he de señalar los trabajos que continúan mi trayectoria personal desde el inicio (en 1944), que ya he dicho que no olvidaba la sintaxis (apartado 8); así, las notas sobre sintaxis en aragonés medieval (1963) y ciertas sugerencias sobre el gerundio de posterioridad (1964). Naturalmente, ello implica partir de los manuscritos y de los textos, como hice para la caracterización de los manuscritos lulianos del Libre de contemplació (1967). La preocupación por el método me llevó a revisar el concepto de «cultismo» en gramática histórica (1972). La atención a los temas de lingüística histórica no deja de verse influida por puntos de vista de la sociolingüística, como ocurre con la «sustitución lingüística» en las crónicas de Desclot (1973) y Jaime I (1985) y los calcos lingüísticos en un secretario real de Fernando el Católico (1967). El peso de la sociolingüística se hace patente, además, en la nivelación geolingüística y lenguas en contacto (1976) y en los procesos de nivelación en el vocabulario rural (1978); el vocabulario pirenaico, por su lado, está intimamente relacionado con la cultura popular (1981).

De la lingüística diacrónica he pasado a menudo a la formación de la lengua; en este terreno, me inclino a aceptar los dialectalismos baleáricos en Ramon Llull (1979), señalo la coincidencia entre fronteras dialectales y fronteras comarcales (1979), elucubro sobre los conceptos de «lengua» y «dialecto» (1981), y propongo unos requisitos para considerar establecida la lengua literaria (1982). Los orígenes y la formación de la lengua catalana constituyen uno de mis temas favoritos en los últimos años, y a ellos volveré más abajo (apartado 26). Gramática histórica, maduración de la lengua vulgar hace mil años y su inevitable contacto con el latín, tres dimensiones que cada vez veo más en relación, confluyeron en la breve y festiva lección de despedida que, con motivo de mi jubilación, leí en la Universidad de Barcelona el día 29 de mayo de 1986.

b) Lingüística sincrónica. La descripción. El estructuralismo. La lenta elaboración de la gramática catalana que publiqué en la editorial Gredos de Madrid (cf. apartado 15 b) me fue preparando para adoptar el punto de vista descriptivo. Aunque en ella me basaba en Pompeu Fabra y sus epígonos y, para la sintaxis, en Gili y Gaya, ello no me ahorraba un verdadero esfuerzo de presentación. También me ayudó el curso sobre «Estructura del español», que expliqué en Washington en 1961-1962 (apartado 17). Entre estos factores y el deseo de contribuir a que se ampliasen las investigaciones sobre el catalán en dominios todavía poco o nada cultivados, quedan explicadas (por más que tal vez no justificadas) mis «veleidades estructuralistas». Que éstas no han pasado de ser eso, veleidades, lo prueba que nunca he podido liberarme de la perspectiva diacrónica. No resisto a la tentación de citar un ejemplo concreto, que no diré que no me sorprendiera. En un artículo, por otra parte muy bien elaborado, que Alex Alsina escribió sobre el adverbio pronominal en (con el objeto de homenajearme, al publicarlo en la Miscelánea dedicada a mí), y en el que toma en consideración, como es natural, mi gramática de 1962, no se menciona mi tesis doctoral sobre IBI e INDE (apartado 3), publicada en 1947. Y es que, en buena doctrina gramatical sincrónica, no se necesita para nada el aspecto evolutivo. Mi sorpresa explica hasta qué punto soy incapaz de convertirme en un estructuralista o en un generativista como Dios manda. Pero veamos por dónde han ido mis escarceos.

En el campo de la fonética y la fonología, destaca, en primer lugar, mi defensa del valor significativo de la vocal neutra catalana (1966), que, al ser combatida por E. Alarcos Llorach, abrió una polémica, en la que intervinieron, entre otros, Andrei Avram y Ramon Cerdà, y que parecía resolverse a favor de ese valor significativo, aunque por argumentos muy distintos, después del estudio de Joaquim Viaplana y Janet A. DeCesaris. El artículo sobre el predominio de las vocales abiertas e o sobre las cerradas correspondientes (1968) había sido tomado en consideración por el consejo editor de Language («Linguistic Society of America»), pero por fin apareció, en versión castellana, en la Revista de Filología Española. Más en general, las normas de prosodia según las rimas de Carles Riba (1968). Varios trabajos he dedicado a las confusiones entre las ee y las oo abiertas y cerradas: un avance, en el homenaje a Joseph M. Piel (1969), las confusiones en la poesía tradicional (1969) y en las rimas de los poetas modernos (1970), hasta llegar a un estudio de conjunto, en el tomo que «Estudis Romànics» dedicó a conmemorar el centenario de Pompeu Fabra (1971). Los prosodemas en catalán (1972), y los diptongos con i en un libro de poemas de Josep Carner (1978) completan las aportaciones sobre vocales. He tratado de las consonantes desde dos ángulos: la conmutación consonántica (1965), y la alternancia entre sorda y sonora en las realizaciones de /s/ en general (1970) y en los castellanismos (1974), y en el campo de las palatales (1974). Todas estas aportaciones quedaron recogidas en una exposición de conjunto sobre fonética y fonología catalanas (que, como es natural, contiene más capítulos), hecha en el Coloquio de Catalán de Estrasburgo de 1968 (actas en 1973).

En el campo de la morfosintaxis, los aspectos formales del nombre en español (1967), el ensavo de una definición formal del verbo en español (1973), la descripción del verbo en español y en catalán (1976). Paralelamente al trabajo de conjunto sobre fonética y fonología (que acabo de citar), he de recordar la morfosintaxis catalana que expuse asimismo en el Coloquio de Estrasburgo de 1968 (publicada en 1973). Añádase la nota sobre prou / prouta, rasgo típico del catalán de Lérida, que dediqué a la memoria del leridano Samuel Gili Gaya (1979). O la confluencia de tradición gramatical y realidad lingüística en la gramática setecentista de Josep Ullastra (1983).

Por fin, aunque ya pertenezca a una dimensión diferente, no quiero dejar de hacer constar aquí mi voluntad de empujar un ambicioso proyecto de informática lingüística en la Universidad de



Reunión de dialectólogos. Sant Cugat del Vallès, 31 de agosto de 1955. De pie: M. Companys, G. Salvador, M. Alvar, S. Pop, K. Mitxelena, A.M. Badia i Margarit, F. Marsà. Sentados: A. Griera y G. Colón

Barcelona (1977, publicado en 1979). Hoy este proyecto es, de momento, una modesta realidad, y si no ha conseguido todo el desarrollo previsto, no ha sido por falta de mi interés ni porque yo no me haya preocupado a fondo por conseguir los medios que se requerían. Una vez más, una actividad que se desenvuelve en gran parte gracias a la buena voluntad de sus protagonistas.

c) Sociolingüística. La situación de la lengua. Enlazando con un tipo de trabajo que ya había cultivado en Washington en el curso 1961-1962, pronto había de dedicarme a estudiar y comentar las vicisitudes de la lengua catalana desde el siglo XVIII y su situación en la actualidad. He tratado en especial de sus avatares en lo que va de siglo, en que se produjeron los tan espectaculares progresos de la normalización hasta 1939 y el no menos espectacular colapso a partir de esa fecha. A ello responden mis exposiciones en la Revue de Linguistique Romane (1972), en una conferencia sobre la cultura catalana dada en París en 1976 (publicada en 1979), en el Coloquio de Estrasburgo de 1968 (actas publicadas en 1973), la comunicación al Congreso de Romanística de Nápoles de 1974 (actas en 1978), la conferencia en el Hispanistenverband (Ausgburg 1977, actas en 1978). También los diagnósticos sobre la situación actual que miran al futuro de la lengua: en el Congreso de Palma de Mallorca (1980, actas en 1982) o en artículos de periódico, a veces encuadrados dentro de una polémica sobre el tema. En ocasiones mis aportaciones en este campo se han acercado a unos planteamientos generales, siempre a partir de la realidad catalana: en un ciclo sobre «Comunicación y lenguaje» (Madrid 1977), en un análisis del Seminario Internacional de Sociolingüística de Perpiñán de 1977 (publicado en 1979), en la mesa redonda sobre la sociolingüística y las lenguas románicas, del Congreso de Aix-en-Provence de 1983 (actas en 1985). Factores ambientales me hicieron ser reiterativo en la presentación de algunas características de la sociolingüística catalana: en el Congreso Mundial de Sociología de Toronto (1974; versión catalana en 1977), en la Universitat Catalana d'Estiu de Prada de 1983 (conferencia publicada en 1974), conferencia en Lérida en 1975 (publicada en 1976), etc.

La problemática de los usos de la lengua es compleja y por eso la he tomado en consideración desde ángulos distintos. Por lo menos los seis siguientes. 1) El conocimiento de la realidad. Aquí la actividad central había de ser mi encuesta sobre la lengua de los barceloneses (lanzada en el paso de 1964 a 1965), que me ocupó mucho tiempo y movilizó gran número de colaboradores abnegados (1969). Trataré específicamente de ella en el apartado 20. Dejando aparte informaciones que di de la encuesta en instituciones académicas, periódicos y revistas, he de decir que en 1969 sólo se publicó el primer tomo, pero en 1970, adelanté un capítulo del segundo en el Coloquio de Catalán de Amsterdam (actas publicadas en 1976). Hoy, gracias a la abnegada colaboración de M. Teresa Cabré y Joan Martí, tengo prácticamente terminado el segundo y último tomo (cf., apartado 28). 2) El tema de la inmigración de castellanohablantes y la lengua catalana (actitudes, escuela, integración, dificultades). También aquí, además de muchas intervenciones de menor vuelo (prensa, conferencias, declaraciones, etc.), dediqué dos trabajos a cuestión tan importante en 1966 y en 1980. 3) El catalán como lengua litúrgica, que, con la aplicación del Concilio Vaticano II, adquiría un relieve poco antes insospechado. Aparecieron un artículo en Serra d'Or (1965), en parte retocado por la censura, y una ponencia en el II Congreso Litúrgico de Montserrat de 1965 (paralela a las de F. de B. Moll y M. Sanchis Guarner sobre el balear y el valenciano, respectivamente) (actas aparecidas en 1967). 4) Cuestiones gramaticales: prescripción gramatical frente a descripción lingüística, en el Congreso de Toronto (1974: versión catalana en 1977); la defensa de entregar, sinónimo de lliurar (1969); usos del pretérito, simple o perifrástico (1969); las peculiaridades del uso del castellano en las tierras de lengua catalana (1981), entre otros puntos tratados. 5) Las actitudes de los hablantes. Me he referido a ellas en no pocas ocasiones, pero específicamente en el homenaje a R. Aramon i Serra (1979). 6) La normalización aplicada al lenguaje administrativo dio lugar a un formulario (que redacté con la colaboración de Carles Duarte) (1979), donde inserté, a guisa de prólogo, un texto: «per un llenguatge administratiu català». La 3.ª edición de este formulario apareció en 1985. Me ocupé de la problemática de ese lenguaje administrativo y me detuve a hacer una discutida propuesta para dar con el equivalente del castellano «jefe», palabra indispensable en la administración. Pero entendí también la normalización como tema de historia reciente: los esfuerzos por conseguirla en la época modernista (a comienzos de siglo), y el paralelismo entre normalización lingüística y nacionalismo (1901-1939).

En 1986 se celebró el II Congrés Internacional de la Llengua Catalana, del que se me confió la presidencia. Ello motivó muchas intervenciones mías, de las que sólo citaré el parlamento en el acto de la clausura académica del Congreso (Santes Creus, 10 de mayo de 1986). El Congreso, bajo el signo de la normalización, puede modificar sustancialmente la situación de la lengua, si entre todos sabemos llevar a la práctica sus conclusiones.

Sin duda porque la materia se presta más que otras, un buen número de textos de sociolingüística han dado origen a varios tomos de divulgación, que se-



Col·loque sur la linguistique catalane. Strasbourg, abril de 1968

rán indicados bajo el epígrafe que abro inmediatamente a continuación.

En definitiva —y lo digo después de haber mirado una vez más hacia atrás-, si se me puede reprochar con toda justicia que no soy ningún especialista en sociolingüística (cf. apartado 18), tengo la satisfacción de haber aportado a este terreno algunas realidades de valor indiscutible (y me permito citar las tres que juzgo más fructíferas): 1) la creación del Grup Català de Sociolingüística (bajo cuyos auspicios aparecen los Treballs de Sociolingüística Catalana, una de las pocas revistas existentes en esa especialidad); 2) la inclusión de la disciplina de sociolingüística como enseñanza regular dentro de los planes de estudio de la Facultad de Filología (en la Universidad de Barcelona), de la que, a propuesta mía, se encarga Lluís V. Aracil, y 3) la impulsión de la vertiente científica del II Congrés Internacional de la Llengua Catalana, vuelvo a decir que cuyas conclusiones -si conseguimos llevarlas a la práctica— han de hacer progresar notablemente la normalización de la lengua catalana.

d) Divulgación de temas sobre la lengua catalana. Mi propósito de hacer acto de presencia en la sociedad catalana presenta varios aspectos. El primero, escribir artículos de alta divulgación (muchas veces procedentes de conferencias o discursos académicos o equivalentes). Son los únicos a que me voy a referir ahora. Los demás textos, que aquí menciono de modo global, pueden

ser consultados, en su mayoría, en la lista de publicaciones que aparece en este mismo número de *Anthropos*.

Empiezo por los estudios en los que ensayo una caracterización de la lingüística catalana. A petición del entonces Rector de la Universidad de Barcelona Fabià Estapé, en 1976 escribí un discurso académico sobre ciencia y pasión en la lingüística catalana moderna, destinado a ser leído en octubre, dentro del acto inaugural del curso 1976-1977, pero que, por la especial situación de la Universidad, no pude leer hasta enero de 1977. Ocho años más tarde, presenté la lingüística como factor de integración en la cultura catalana de hoy (1984). Incluyo aquí el tema del catalán y las demás lenguas románicas (1963).

A continuación he de recordar las notas gramaticales a la canción del *Comte Arnau* (1986), la comparación entre la versión de 1908 y su revisión en 1933 de un poema de «Guerau de Liost» (1985), la lengua catalana de Pompeu Fabra a Carles Riba (1963), el castellanismo como recurso estilístico en la prosa de Riba (1973), los comentarios a las traducciones a lenguas románicas del *Assaig de càntic en el temple*, de Salvador Espriu (1971), y mi discurso académico sobre Espriu, ordenador de palabras en extensión y en profundidad (1980).

Hay también mis contribuciones a la biografía y a la obra de Pompeu Fabra, en 1968, año del centenario (en *Tele-Estel*, en *Destino*, y en *Serra d'Or*). De él hablé, como «signo de unidad», en los «Jocs Florals de la Llengua Catalana» del centenario (Zurich, 1968). Años después, en 1982, con motivo de cumplirse 50 años de la publicación del *Diccionari General*, en el homenaje que la Universidad de Barcelona tributó a su memoria, hablé de su papel en la reconstrucción de la lengua catalana.

Además de los ya aludidos de Zurich, mi presencia en los «Jocs Florals» de Tübingen (1970) y Bruselas (1971), y, ya después de su retorno a Cataluña, en los de Barcelona (1979) y en los de Manresa (1980), me deparó ocasiones de volver sobre temas de lengua catalana. En los dos últimos diserté sobre la poesía catalana y el instrumento lingüístico, y sobre la pretendida crisis del vocabulario poético, respectivamente.

No voy a extenderme más. Conmemoraciones, comentarios en torno a libros recién publicados, prólogos a libros de índole variada, polémicas diversas (sobre el incierto futuro de la lengua catalana, sobre el valenciano, etc.) y otros temas de actualidad, me han ido dando pie para artículos y notas de menor importancia. Y junto a la tarea escrita, la labor de conferenciante. Son centenares las conferencias que he dado por doquier en las tierras de lengua catalana, especialmente en Cataluña. Me hice el propósito de no rehusar ninguna invitación, por más que se tratara de pueblos pequeños. Y así he procurado hacerlo, salvo casos de imposibilidad física.

El último aspecto que quiero destacar aquí es que, dentro de mi afán de divulgar conocimientos, he ido agrupando textos que considero de interés, con los que ya he publicado unos cuantos volúmenes. Que la tarea no es inútil lo prueba que varios de estos libros han conocido más de una edición. El caso más espectacular es el del primero que publiqué: Llengua i cultura als Països Catalans (1964) que en 1985 ha llegado a la 11.º edición (desde hace años, en una colección de libros de bolsillo). Siguieron: La llengua catalana ahir i avui (1973) (2.ª edición en 1982); Ciència i passiò dins la cultura catalana, a base del discurso académico va citado y algunos otros trabajos que guardaban con él una cierta afinidad (1977); Llengua i societat (1982), y Llengua i poder (1986). En la actualidad tengo varios tomos en preparación.

e) Los estudios de lengua catalana. Como es natural, desde mi entrada en la palestra científica, procuré estar al corriente de la bibliografía de la lingüística, sobre todo en aquellos sectores que me afectaban más directamente, dadas las orientaciones de mi trabajo personal (a base de repertorios, listas, fichas, etc.). En dos ocasiones había hecho breves crónicas de bibliografía comentada sobre catalán: una, a propósito de los atlas lingüísticos (1953); otra, sobre la filología catalana entre 1906 y 1953 (en el Congreso de Barcelona, cf. apartado 10; actas publicadas en 1955). Ahora bien, en 1965 se me ofreció la oportunidad de presentar y comentar las publicaciones referentes a la lingüística catalana de los últimos 15 años (es decir: publicaciones aparecidas entre 1950 y 1965, aproximadamente). Se trataba de una conferencia plenaria en el XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas, reunido en Madrid en 1965 (actas publicadas en 1968). Como hubiera sido absurdo llenar una conferencia con listas bibliográficas, la redacté como un comentario a los capítulos temáticos en que se divide el conjunto de esos estudios (las listas venían en notas a pie de página). «Où en sont les études sur la langue catalane» era su título. Además, me pareció oportuno aprovechar esta ocasión para hacer ver a los romanistas presentes en Madrid cuál era la situación del catalán, tan faltado de recursos, y los esfuerzos que se realizaban por recuperar las posiciones que había perdido a partir de 1939. Fui felicitado por gran número de colegas extranjeros.

Pocos años después, los organizadores del II Coloquio de Catalán (Amsterdam 1970) me pidieron que pusiera al día el texto del Congreso de Madrid (mientras recababan de Josep Massot i Muntaner y Joaquim Molas un informe paralelo sobre la literatura). Y así apareció Situación actual de los estudios de lengua y literatura catalanas, que firmábamos los tres. Se publicó en Norte, revista hispánica de Amsterdam (1970). Refundir el texto nuevamente, para ponerlo otra vez al día, me daba mucha pereza. Sin embargo, lo hice, pensando que de esta manera se facilitaban las cosas a quienes se interesaban por la materia. Así es que publiqué, ahora en catalán, Vint-i-cinc anys d'estudis sobre la llengua i la literatura catalanes (1950-1975), vol.I: La llengua (1976) (el tomo de literatura, a cargo de J. Massot, aún se hizo esperar). Todavía completé las informaciones hasta 1978, en mi conferencia en el Primer Coloquio de la «North American Catalan Society» (Urbana, Illinois, 1978; actas publicadas en 1979).

f) Las cuestiones universitarias. En el título de este apartado he hecho constar «otras actividades». Se trataba de dar a entender en qué ocupaciones se distribuía mi tiempo. Si hubiese omitido la referencia a las cuestiones universitarias, el lector podría tener una idea equivocada de ese tiempo. Ya antes (apartados 14 y 15 d) ha quedado claro que

mi preocupación por la situación en la Universidad, involucrada en la problemática política general, era profunda e iba en aumento. Voy a referirme a ella de nuevo (apartado 21). Aquí no diré más. Sólo que se tenga en cuenta que, con las horas que dedicaba a la Universidad y la tensión que ello suponía, mi dedicación a la lingüística (a los varios campos de la lingüística que acabo de enumerar) y a las conferencias de divulgación y otros actos de presencia cívica y cultural quedaba seriamente reducida.

20. La encuesta sobre la lengua de los barceloneses

Antes (apartado 19 c) he hecho una alusión a ella. Por un lado, a todos nos acuciaba la necesidad de saber qué sucedía con la lengua catalana (grado de «lealtad lingüística» de los catalanohablantes; actitudes de los castellanohablantes y, eventualmente, su integración idiomática; avances o retrocesos en el paso de una generación a la siguiente; conocimiento de la lengua escrita, etc.), ya que partíamos de apreciaciones subjetivas o de informaciones parciales. Por otro lado, entre nosotros se habían ido generalizando las encuestas sociológicas, que permiten auscultar la realidad con consistencia y con objetividad. Influido por ambos factores, y, con más entusiasmo que preparación técnica, decidí lanzar una encuesta sobre catalán v castellano en la ciudad de Barcelona. No he de dar detalles de la redacción del cuestionario, selección de la mues-



Il Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes. Amsterdam, marzo de 1970. Concierto-homenaje a Josep Carner

tra, realización de la encuesta, procesamiento de datos e interpretación de resultados, porque todo ello consta en el tomo I del libro correspondiente (único publicado), que apareció en 1969.

Sí quisiera decir que la encuesta, lanzada en las vacaciones navideñas de 1964, fue posible por la abnegada colaboración que obtuve de toda mi familia, de gran número de estudiantes y de otros amigos, que en seguida se dieron cuenta de la importancia de la empresa. Esta era de un volumen tal que no hubiera podido llevarse a término sin la ayuda y el espíritu de entrega de cuantos en ella colaboraron. La encuesta de 1964 tiene sus defectos, en especial desde el ángulo sociológico. Sin embargo, creo que no dejó de señalar un hito en las investigaciones sobre el estado de la lengua catalana veinticinco años después de su colapso a la terminación de la guerra civil.

Como decía, en 1969 publiqué el primer tomo de la obra. Entonces estaba lanzado a seguir con el comentario y análisis del resto de los datos procesados, cuyo texto iba a ser más extenso que el que contenía el tomo I. Por multitud de factores que se interfirieron, dejé la redacción. Años después, embarcado en el Rectorado de la Universidad de Barcelona por un tiempo difícil de prever, tuve unas conversaciones sobre esta cuestión con M. Teresa Cabré v Joan Martí, deseosos, como yo, de que se completara la obra. Convinimos que ambos, buenos conocedores de mi método y con acceso a los datos pertinentes, me ayudarían en la redacción. Trabajaron con entusiasmo, hicieron honor a su compromiso... y hoy sólo falta que yo proceda a una revisión y redacte las conclusiones.

21. La crisis universitaria

La problemática de la Universidad, que me afectaba profundamente desde las primeras crisis (apartado 14), se extendía y se intensificaba de modo implacable, y había de depararnos situaciones de extrema violencia. Hacia 1965, el fracaso de las asociaciones de estudiantes propugnadas desde el Ministerio (a las cuales se habían anticipado los estudiantes barceloneses con la iniciativa de una organización propia) y el nombramiento de un rector combativo (que intervenía activamente contra esa asociación ilegal) fueron la causa de un endurecimiento progresivo de la represión. Llegó a ser habitual que la policía entrara en el recinto universitario, llamada naturalmente por la autoridad académica, y cargara, a veces con fuerza, contra los

estudiantes. La tensión subió todavía más en marzo de 1966, con motivo de la constitución del Sindicato Democrático de Estudiantes en el convento de los capuchinos de Sarriá. Sin duda el punto más alto de violencia por parte de la policía, en aquella primavera de 1966, fue la de su intervención en el patio de Letras del día 27 de abril. No hay que dar detalles de hechos conocidos, que además han sido objeto de libros, artículos y conferencias. Sólo diré que para mí resultaba sumamente difícil, por no decir imposible, combinar la información y el análisis de la conflictividad política en la Universidad y la quietud y la reflexión del quehacer científico y docente. Aun así, nos esforzábamos por sacar adelante los planes de trabajo.

La dureza del clima político que se vivía entonces en Barcelona tuvo otras manifestaciones, una de las cuales me afectó personalmente. Aunque, por elemental discreción, no suelo contar este episodio, ahora no puedo omitir la alusión, porque así se explica un nuevo viaje al otro lado del océano. Yo era presidente de la Casa de Montserrat, constantemente frecuentada por grupos de estudiantes, quienes a menudo utilizaban las máguinas de multicopiar. Habiendo salido de allí determinadas hojas de contenido político, la institución fue objeto de un registro policial y, de resultas, tres de sus directivos fuimos detenidos. Esto ocurrió en enero de 1967. Para mí, la aventura supuso unos días de cárcel. Para el Secretario, largas semanas. Las muestras de simpatía y de adhesión a mi pobre persona, tanto en el interior como desde el extranjero, fueron numerosas y significativas. Al salir de la cárcel, fui objeto de fuertes presiones por parte de quienes me empujaban a la acción política, cosa para la que vo no sentía vocación alguna. Pasé unas semanas de tensión. Al fin, me vino como anillo al dedo una invitación para ir, por segunda vez, a los Estados Unidos, como «Visiting Professor», durante el inmediato curso 1967-1968. Ahora era la Universidad de Wisconsin, en Madison (Wisconsin). Aceptar no me fue fácil: se estaba organizando, para 1968, el año del centenario de Pompeu Fabra, en cuya preparación vo colaboraba: me costaba ausentarme de nuevo de la Universidad, en una situación cada vez más delicada: había las consabidas dificultades familiares. Pero pudo más en mí la necesidad de salvarme como universitario que todas las demás consideraciones. Recobraría la serenidad indispensable para el investigador. Aceptaría la invitación. Y fui a Madison.

22. Otra vez América (1967-1968)

Pasé, pues, nuevamente un año académico en los Estados Unidos (salvo unas semanas en abril, en que estuve en Bucarest y Estrasburgo, como diré, apartado 23). Varias circunstancias de seis años antes se repetían: conferencias en otras Universidades; asistencia a la convención de «Modern Language Association» (MLA), también en Chicago; fructíferos contactos con colegas (uno de ellos, Diego Catalán, que entonces era profesor en Madison), etc. Una diferencia: a petición de los estudiantes, di un curso de catalán, no previsto cuando convinimos las condiciones del viaje.

Por otra parte, mi trabajo personal en Madison se centró mucho en la lingüística catalana. Además de algunas contribuciones al centenario de Fabra (1868-1948), preparé mi comunicación al Congreso de Bucarest (abril 1968), sobre las vocales en las rimas de los poetas modernos, y, sobre todo, tres largas conferencias que iba a exponer en el Coloquio de Lingüística Catalana de Estrasburgo (también en abril del mismo año). De las tres, había dos concebidas desde el estructuralismo y la descripción. La tercera historiaba la represión del catalán a partir de 1939, y los esfuerzos realizados para recuperar

Reapareciendo unas determinadas muestras de interés, que ya se me habían prodigado en América en 1961-1962 (apartado 17), también durante mi estancia en Madison fui objeto de tanteos sobre qué actitud adoptaría de cara a una incorporación permanente en la Universidad americana. Es lo que yo definía como la «llamada de América». No sin valorar las innegables ventajas de aquel país y de sus excelentes universidades, siempre resistí con éxito. Lo propio me ha sucedido con Europa (en la que confieso haber pensado durante la dictadura, antes y después de mi aventura política de 1967, apartado 21). Mi voluntad de compartir el destino del país, en todos sus aspectos, buenos y malos, con mis compatriotas, la hallo bien reflejada en el famoso poema Assaig de càntic en el temple, de Salvador Espriu.

23. Asociaciones de romanistas

Desde el Congreso de Barcelona (apartado 10), durante el cual se encontró la manera de relanzar la «Société de Linguistique Romane», siempre me sentí identificado con ella y con el grupo de romanistas que la llevaban, especialmente con Pierre Gardette y Georges

Straka, que se dedicaban a ella de forma institucionalizada. Pronto me vi «conseiller auprès du Bureau de la Société». Por lo demás, desaparecido Mario Roques (presidente permanente, aunque sin asistir a los congresos), las promociones a presidente y a vice-presidente se realizaban pacíficamente, y de modo que fueran ocupando esos cargos romanistas de reconocido prestigio y de respetable edad. Esto estaba previsto que ocurriese también en el Congreso de Madrid (1965), en cuya asamblea yo tenía precisamente el encargo de hacer la propuesta correspondiente. Pero un par de días antes de la Asamblea, un grupo de romanistas jóvenes, descontentos de que a la asamblea se le sirviese todo hecho, organizaron una campaña presentándome a mí como candidato a Presidente. Yo tenía en aquel momento 45 años, o sea que no encajaba en los módulos de edad habituales.

La operación no salió bien en el sentido de que John Orr fue elegido Presidente, de acuerdo con la propuesta del «Bureau», por haber tenido más votos que yo; en cambio, yo salí elegido vicepresidente, en contra de la propuesta, que era a favor de Gerhard Rohlfs. Se había dado un toque de atención. Por lo demás, las circunstancias hicieron que, por muerte del presidente John Orr y del primer vicepresidente Angelo Monteverdi, acaecidas después del Congreso de Madrid (ambas en el mismo año 1965), yo me viese presidente «en funciones» de la «Société», y que, en esta calidad, firmase la convocatoria de la asamblea siguiente, que se reuniría con motivo del Congreso de Bucarest (1968). En Bucarest fui elegido presidente. A partir de entonces, la presidencia ha ido cubriéndose no precisamente con romanistas de edad provecta.

No fueron mis tres años al frente de la «Société» tan tranquilos como solían ser para mis predecesores. Había que reformar los estatutos, y a ello me apliqué. Redacté un borrador, que pasé a los miembros del «Bureau». Éstos me lo devolvieron, con sus observaciones y enmiendas. En 1970, al regreso del II Coloquio de Catalán, que se había reunido en Amsterdam, hice un fatigante viaje en tren, con escalas en Lieja (cambio de impresiones con Maurice Delbouille), Estrasburgo (con Georges Straka) y Lyon (con Pierre Gardette). Llegado a Barcelona, pude fijar el texto del proyecto de estatutos de la «Société» que, enviado a todos los miembros, fue discutido y aprobado, con ligeras modificaciones, en la asamblea extraordinaria reunida durante el Congreso de Québec (1971). Esta asamblea, presidida por mí, eligió a mi sucesor, Kurt Baldinger.

Más tiempo enterré en la gestación de la «Associació Internacional de Llengua i Literatura Catalanes» (AILLC). Hacía tiempo que Georges Straka quería organizar un coloquio de lingüística catalana en el «Centre de Philologie Romane» de la Universidad de Estrasburgo. Por fin, este coloquio tuvo lugar en abril de 1968. Yo expuse tres largas ponencias, sobre fonética y fonología, sobre morfosintaxis y sobre la situación actual de la lengua catalana (cf. apartado 22). A propósito: después de departir sobre sonidos y fonemas y sobre formas y funciones, se habían desplegado sendos animados debates, como es normal en un coloquio. En cambio, al concluir mi tercera conferencia (sobre la dam se adelantaron, convocando el segundo Coloquio, va de «lengua y literatura catalanas» (que se desarrolló en 1970). Allí se constituyó un Comité Gestor, que velaría por coordinar iniciativas y, en definitiva, propondría la institucionalización de los coloquios de catalán. Redacté otro proyecto de estatutos, cambié impresiones con quien convino hacerlo. Resultado: en el Coloquio siguiente (Cambridge, 1973), quedaba fundada la AILLC y eran aprobados sus estatutos. Fui elegido su primer presidente. La AILLC ha celebrado regularmente coloquios cada tres años: Basilea (1976), Andorra (y clausura en Barcelona) (1979), Roma (1982), Salou-Tarragona (1985), y está en preparación el próximo, en Tolosa de Lenguadoc (previsto para 1988).



XII Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas. Bucarest, abril de 1968. Sesión

trágica situación de la lengua catalana), expuesta con cruda objetividad no exenta de la emotividad de quien la presentaba al mismo tiempo como testigo, se produjo un silencio de varios minutos, que nadie osaba romper. Pocas semanas después, una filóloga suiza que había asistido al Coloquio me escribió una carta no menos emotiva, en la que me confesaba que, escuchando mi comunicación, se le habían llenado los ojos de lágrimas, y me aseguraba que las sesiones de Estrasburgo la habían confirmado en su catalanofilia. Al término del Coloquio, Straka nos ofreció la posibilidad de reunirnos cada cinco años, para tratar temas nuevos o para recapitular sobre los que acabábamos de discutir. Pero ya no hubo necesidad de ello. Los colegas de la Universidad de Amster-

Un par de veces he asistido a la reunión anual de «The Anglo-Catalan Society», y fui testigo y protagonista de la constitución de la «North American Catalana Society» v de la «Deutsch Katalanische Gesellschaft».

24. Entre Barcelona y París

En 1968, al regreso de Madison (apartado 22), me incorporé de nuevo a mi Facultad barcelonesa. El régimen de Franco seguía siendo el mismo, pero de hecho se estaban conquistando posiciones en una línea aperturista que antes hubieran sido inexpugnables. La idea de preparar un Congreso de Cultura Catalana movilizó una verdadera masa de colaboradores, y yo participé activamente en el ámbito de lengua. El Congreso estaba concebido con mentalidad de oposición y resistencia. Se trataba de estudiar, en una veintena de ámbitos culturales, las heridas sufridas por la cultura catalana bajo la dictadura, y proponer la manera de restañarlas. Después de años de preparación, el Congreso se terminó en 1977, ya en la transición política, y por eso no tuvo el impacto que todos esperábamos.

La Universidad, sin dejar de tener problemas políticos e institucionales (que, empero, carecían de la violencia de unos años antes), veía cómo surgían otros, ahora de organización y funcionamiento. La enorme demanda estudiantil, sobre todo en ciertas facultades, provocaba una gran masificación, con la consiguiente degradación de la vida académica. Esto nos hacía sufrir a muchos. Además, se iban agravando cuestiones de estructura, de retribuciones, de acceso a plazas docentes, y otras, no ya no resueltas, sino ni siquiera planteadas en muchos años. Y temíamos el momento en que todo se debería tratar de urgencia. Mi trabajo personal se desenvolvía en varios frentes, como he indicado antes (apartado 19).

Así las cosas, en París fueron madurando viejos proyectos. Después de inacabables gestiones de catalanes residentes allí, que habían durado años, el ayuntamiento de París hacía donación a la Sorbona de una casa («hôtel»), pequeña, pero noble, en el Marais parisiense, con la condición de que se instalase allí un «Centre d'Études Catalanes», que dependería directamente de la Presidencia de la Universidad. La restauración del edificio, muy maltrecho, iría a cargo de mecenas catalanes. Esto, en realizaciones materiales. Pero paralelamente existían planes, más o menos claros, para mejorar los estudios de catalán en la Sorbona, y para invitar a un lingüista como «professeur associé» («Visiting Professor») por un año o dos. Para ese cometido pensaron en mí. Yo, que había dado un ciclo de conferencias en el Instituto Hispánico de la rue Gay-Lussac en el lejano año 1960, me preparé con ilusión para esta nueva etapa. Con el fin de facilitar las cosas de cara al nombramiento desde el Ministerio francés, durante el curso 1973-1974 fui a París una vez al mes, para dar unas conferencias. «Professeur Associé» lo fui, pues, en los años académicos 1974-1975 y 1975-1976 (y aun, en el siguiente, tuve a mi cargo un seminario, para el que iba también una vez al mes). Estaba previsto que el profesor visitante se encargase al propio tiempo de la animación cultural del «Centre». Pero. habiéndose retrasado notablemente las

obras de restauración del edificio, acabé mi tarea de profesor sin que aquéllas se hubiesen terminado. El «Centre d'Études Catalanes» no se inauguraría hasta noviembre de 1977, y yo fui ex profeso desde Barcelona.

De los dos años pasados en París, me interesó la gama de niveles de los cursos que daba. Desde un primer año de carrera (con un curso elemental de catalán, dado a quienes unos meses antes todavía eran «lycéens»), hasta un curso de doctorado sobre la lengua de Ramon Llull (a base de varias versiones manuscritas, latinas y romances), con otros dos niveles en medio, veía todas las posibilidades de la enseñanza y la investigación. La relativa proximidad de París con respecto a Barcelona me permitió no dejar todas las actividades de mi Universidad. Ello tenía el inconveniente de que así mi trabajo personal quedaba más reducido, pero la ventaja de que no perdía el contacto con los medio culturales y universitarios barceloneses.

25. La crisis universitaria. El Rectorado

Acabo de decir que mi estancia en París no me había desvinculado de Barcelona. Justamente en noviembre de 1976, entre la dimisión del Rector Fabià Estapé y el nombramiento de su sucesor Manuel Jiménez de Parga (en unos días, pues, críticos para la Universidad de Barcelona), interpuse uno de mis habituales viajes a París. Empezábamos así un largo y desagradable curso 1976-1977, con dos rectores «en funciones» sucesivamente (Manuel Jiménez de Parga y Joan Obiols) en el que la Universidad aceleró el proceso de su deterioro. Hondamente inquieto por la suerte de la Universidad, dediqué prácticamente todo mi tiempo al Claustro y al estudio de la situación y de sus posibles soluciones. A duras penas salvaba las clases. De trabajo personal, poquísima

En diciembre de 1977, el Claustro Universitario de nueva composición me elegía Rector de la Universidad. Nunca había apetecido cargos de gestión en la Universidad, y las veces que alguien se me había acercado para ver si yo aceptaría ser decano de la Facultad de Letras, siempre había rehusado. Verdad es que, bajo la dictadura, yo tenía unas razones para negarme que en 1977 ya habían perdido su valor. Pero no es menos cierto que no me consideraba idóneo para esos puestos ni los deseaba. Sin embargo, en aquella ocasión la confluencia de varios factores se me impuso de tal forma que obstinarme en no aceptar ya hubiera sido una evasión, que

mi conciencia de universitario no podía tolerar. Por lo demás, la difícil situación de la Universidad necesitaba generosa entrega de quienes asumiesen la responsabilidad, y, tal como nos planteábamos las cosas mis colaboradores y yo, el cargo nos absorbería todas las horas. Tomé posesión del Rectorado en enero de 1978, y en seguida vi las graves consecuencias que la nueva función tendría para mi trabajo de investigación... Con todo, la autonomía de la Universidad parecía estar al alcance de la mano, y calculábamos que darle forma mediante los estatutos adecuados -este era el compromiso ante el Claustro- no podía ser cosa de muchos meses. Por tanto, pronto podría recuperar —me decía yo mismo- para la investigación el tiempo que consagraría a la Universidad.

Vana ilusión. En 1981 fui reelegido Rector. En 1983 se promulgó la Ley de Reforma Universitaria, con arreglo a la cual fui nuevamente reelegido en febrero de 1984. Entonces disponíamos de un año para elaborar los estatutos, los cuales quedaron aprobados por el Claustro en febrero de 1985; ahora bien, la sanción de la Generalidad de Cataluña se hizo esperar, y hasta otoño no pudimos pensar en convocar elecciones para el Rectorado. Éstas se celebraron, por fin, el 4 de febrero de 1986. Josep M. Bricall, mi sucesor en el cargo, tomaba posesión el 24 de febrero. Yo había estado al frente de la Universidad exactamente ocho años y un mes. Si añadimos que, en el curso anterior a mi primera elección (1976-1977), me había dedicado, como he dicho, en cuerpo y alma al Claustro, y que, en febrero de 1986, me encontré con mil cosas a la vez, una de ellas tan importante como el II Congrés Internacional de la Llengua Catalana, y, otra, la preparación de un libro sobre los ocho años de gestión como Rector (del que, naturalmente, no puedo dar la culpa más que a mí mismo), no exagero si afirmo que el Rectorado ha supuesto una ruptura de 10 años en mi trabajo personal. Nótese, además, que mientras tanto cumplí 60 años.

Para mí, que siempre me he considerado un universitario con vocación, la situación presente es dura. El Rectorado me ha impuesto una renuncia importante. No es que no haya seguido publicando en este período (aunque, claro está, a un ritmo mucho más lento). A veces decía a los amigos: «si no publicase, creo que me moriría». Espero que se me entienda. Pero, ante las ocasiones típicas (congresos o coloquios, misceláneas de homenaje, invitaciones de revistas, etc.), o aprovechaba materiales ya

recogidos anteriormente, o me perdía en vaguedades o generalidades, eso en el mejor de los casos, ya que, si no, dejaba simplemente de colaborar. Reconozco que hay una excepción que por ello juzgo importante: mi ensayo sobre la formación de la lengua catalana, que terminé y publiqué en 1981, en plena época de renuncias, y del que me ocupo a continuación (apartado 26). Pero, en general, los años pasados al frente de la Universidad han sido de esterilidad forzada. Lo prueba mi reacción ante los Congresos de Romanística celebrados durante esos años críticos: al de Palma de Mallorca (1980) y al de Aix-en-Provence (1983) fui por compromiso, y llevé aportaciones para salir del paso (pese a que figuraba como presidente del Comité Organizador de aquél). Para el de Tréveris (1986), hube de renunciar, bien a pesar mío, a dos colaboraciones importantes (una de sociolingüística, otra de toponimia) que se me pedían con insistencia. Pero, al haberse reunido tres meses después de dejar el Rectorado, el Congreso de Tréveris fue para mí un claro signo de reinserción en un mundo del que en los últimos años me sentía algo alejado y de reciclaje en unas materias que ya tenía un tanto olvidadas; allí escuché conferencias y comunicaciones con el ardor del recién licenciado que empieza...

En pocas palabras. Al reincorporarme a mi vida de modesto investigador, he comprendido que la renuncia que el Rectorado me ha exigido lo es en gran parte de algo ya irrecuperable. No conseguiré ponerme al corriente de cuanto debía haber visto en diez años de trabajo normal ininterrumpido. Tengo conciencia de ello, acepto la realidad y procuraré adecuar mi trabajo a las posibilidades objetivas.

«La formació de la llengua catalana»

Manuel Sanchis Guarner había dado, en 1956, una explicación plausible sobre la diferencia entre catalán oriental y catalán occidental, basada en el sustrato prerromano. Con todo, su teoría quedó sin efecto después de la publicación de un libro de Miquel Tarradell sobre las raíces de Cataluña (1962), que la invalidó. Desde entonces yo, que había hecho mía la tesis de Sanchis Guarner, pasé mucho tiempo a la búsqueda de una nueva explicación de las dos grandes modalidades de la lengua catalana. Fue una reflexión lenta, cada vez más documentada con variados datos históricolingüísticos, que me mantuvo durante más de quince años en una espera activa y fructífera. Cuando, a mediados de

enero de 1978, llegué al Rectorado, todo el libro estaba planeado y tenía redactada aproximadamente la mitad del texto. Pronto pensé que, absorbido como me hallaba por las tareas del cargo, el libro quedaría interrumpido sin término fijo. Venciendo obstáculos y aprovechando al máximo mis menguadas vacaciones como Rector y los fines de semana, conseguí terminarlo, y se publicó en 1981.

Por eso lo cito: porque es una muestra de cómo me esforcé denodadamente por no abandonar mi labor personal de investigación. También porque es un claro exponente de mi regreso a los temas de gramática histórica, toponimia e historia de la lengua (cf. apartado 27). También vale la pena mencionar este libro por la polémica que ha suscitado. Aunque no es este el sitio adecuado para dar detalles, recordaré que, desde un punto de vista u otro, se han opuesto a mi explicación Joan Bastardas, Antonio Tovar y Enric Moreu-Rey, mientras otros colegas -Joan Veny entre ellos-, se muestran reticentes. En octubre de 1984, mi participación en el ciclo de coloquios denominado Els Països Catalans: un debat obert (en Valencia) consistió justamente en presentar un texto sobre el origen de la lengua catalana, en el que, además de una síntesis de mi ensayo de explicación de 1981, recogía las reservas hechas por los colegas mencionados (resumiendo también las respuestas que yo había dado monográficamente a cada tipo de objeción). Por lo que sabemos, la cuestión sigue siendo de actualidad. Mi libro

en poco tiempo ha llegado a la 3.º edición (1984) (y será incorporado en breve a una colección de bolsillo); yo, por mi parte, como digo a continuación (apartado 27), pienso dedicarme de pleno a este tema, tan apasionante.

27. Los proyectos

«On revient toujours aux premiers amours.» Nunca lo he ocultado: mis planes de investigación para el futuro significan un retorno inequívoco a la orientación historicista en la que me formé. Alrededor de ella giraron mis aportaciones durante casi veinte años, y, aunque luego mi trabajo se abriese a diversos métodos y ángulos de visión, en ningún momento abandoné la lingüística diacrónica. A ella pienso volver de modo preferente, sobre todo a través de dos canales: la refundición de mi gramática histórica catalana (1951) y el estudio de los orígenes y formación de la lengua. Respecto a aquélla, la bibliografía ha crecido lo indecible en estos casi cuarenta años transcurridos desde su aparición; conocemos documentos y textos que entonces ignorábamos, y, de otros, hoy poseemos ediciones más correctas; además, mis puntos de vista también se han modificado desde entonces. Urge rehacer el libro. En cuanto a la época de orígenes y formación de la lengua, la polémica que suscité con mi ensayo de 1981 ha puesto de manifiesto, no sólo el interés del tema, sino toda su trascendencia. Estoy convencido de la corrección de varias de mis hipótesis, y se



El Ministro de Educación y Ciencia, J.M. Maravall, preside una reunión de la Junta de Gobierno de la Universidad de Barcelona, 7 de abril de 1983; a su derecha A.M. Badia i Margarit (Rector), a su izquierda: Emilio Lamo de Espinosa, Director general de Universidades y vice-rectores y miembros de

trata de recoger y analizar datos para ver cuáles de ellas pueden convertirse en realidades comprobadas. Estos serán los dos campos de trabajo a los que, si Dios me da vida y fuerzas, consagraré a partir de ahora mis desvelos. Y me alegra que mi despedida de la Universidad de Barcelona, en el momento de jubilarme (29 de mayo de 1986), se materializara en una intervención de tipo histórico y sociolingüístico a la vez, que es para mí todo un símbolo. Como lo es que el primer curso monográfico de doctorado que explico ahora, en mi condición de Profesor Emérito, verse sobre toponimia e historia.

¿Querrá todo ello decir que voy a desentenderme de los acuciantes problemas de la lengua catalana de hoy? De ningún modo. Es cierto que, en el acto de presentación de mi libro Llengua i societat, que tuvo lugar en la Universidad de Barcelona en el mes de abril de 1983, delante de los asistentes (entre los cuales se contaban Aina Moll, Francesc Vallverdú, Carles Duarte y otros) dije públicamente -creo que por primera vez- mi propósito de ir retirándome de los temas sociolingüísticos, para consagrarme a los de la lingüística diacrónica e historia de la lengua. Es cierto y lo acabo de reiterar. Pero no es menos cierto que siguen existiendo graves dificultades para la realización de la lengua catalana, y si ellas me empujaron un día a la defensa de la lengua, mi sensibilidad es la misma que entonces, de modo que me sentiré comprometido con la lengua mientras ésta no obtenga un estatuto de normalidad. Por eso acepté ser presidente del II Congrés Internacional de la Llengua Catalana, por eso continuaré luchando porque sus conclusiones se lleven a la práctica y así nos acerquemos a la anhelada normalidad idiomática.

Todo ello sin contar con que a veces trabajamos por encargo. Y si hace más de treinta años acepté escribir una gramática catalana moderna para la editorial Gredos de Madrid, ahora también dedico parte de mi tiempo a redactar otra gramática —que no ha de interferirse en aquélla— y que podrá asimismo contribuir a la normalización de la lengua.

28. Lo que no fue

Aunque todo el mundo se haya fijado unas orientaciones para su propia investigación —unas «líneas», he dicho reiteradamente en las páginas anteriores—, la vida humana y las circunstancias se entrecruzan constantemente y desfiguran y rectifican lo que parecía una línea

recta establecida con lógica y la convierten en una línea quebrada, con muchas bifurcaciones que no llevan a ninguna parte. Quisiera dedicar un recuerdo a trabajos empezados y no terminados (nada diré de los muchos que no pasaron de proyecto). No los mencionaré todos, solamente aquellos que no abandoné sin contrariedad.

Son los siguientes: 1) La edición de las grandes obras históricas de Juan Fernández de Heredia. Fueron causa de mis primeras visitas a la Biblioteca Nacional de Madrid (en 1944), donde coincidí con Lloyd Kasten (quien, casi 25 años después, había de sugerir mi viaje a Madison). De mis consultas salió el primer artículo que publiqué (cf. apartado 3). Afortunadamente Regina af Geijerstam cumplió sus promesas y se ha encargado de una tarea que en principio habíamos convenido que nos partiríamos, pero que luego yo renuncié a llevar a cabo. 2) «La Voz de la Tierra.» En 1950 yo había conocido y examinado, mientras estaba en Zurich, la colección de discos «Stimmen der Heimat-Voix de la patrie», con textos de los principales dialectos suizos. Hice un plan para una realización paralela, seleccioné los textos, me puse en contacto con el «Centro de Cultura por Correspondencia» (CCC), que lo acogió con interés e hicimos unas cuantas grabaciones. Di cuenta de ello en el Congreso de Lisboa (1959; actas publicadas en 1962). La empresa quedó truncada. 3) Una sintaxis histórica castellana. Como todos, yo también tenía conciencia de la falta que hacía una sintaxis histórica. Ingenuamente me propuse llenar el vacío (calculando un tiempo muy largo para la realización), y trabajé bastante entre los años 1958 y 1962. Recuerdo que era mi actividad preferente en Munich (1959-1960) y en Washington (1961-1962). Incitado por mi buen amigo Sever Pop, di cuenta del proyecto en el Primer Congreso Internacional de Dialectología General (Lovaina-Bruselas, 1960; actas publicadas en 1965). Finalmente el proyecto quedó abandonado. Me alegra saber que Rafael Lapesa, que tantos años ha dedicado a este importante tema, tiene muy adelantada una sintaxis que superará con mucho la que yo hubiera podido hacer. 4) Mientras redactaba mi gramática histórica catalana -entre 1945 y 1948-, y como complemento a la parte, no menospreciable, que en ella dediqué a las hablas vivas, hice transcripciones fonéticas de textos dialectales, partiendo de hablantes genuinos. Mi tarea se redujo, entonces, a la mera transcripción, de modo que faltaban una introducción, una síntesis de cada habla representada y co-

piosas notas a la transcripción. Todo se limitó a esta última, que sin duda conservo en una carpeta que no he vuelto a abrir en cuarenta años. 5) En la década de 1960-1970, tan pronto como la literatura catalana dejó de ser una actividad de los típicos círculos cerrados de la primera resistencia al franquismo y empezaron a incorporarse a ella plumas jóvenes, empezó un debate sobre «cultura tradicional» versus «cultura abierta», con evidentes repercusiones en los usos lingüísticos. Bajo formas distintas, el debate continúa. Pero, refiriéndome a sus primeras manifestaciones, escribí de un tirón un texto que era suficiente para un tomo de ensayo. No lo terminé, el tema perdió actualidad (había que rehacerlo desde la primera página) y así quedó, para mí, como un recuerdo. 6) Otras bifurcaciones se me han presentado durante mi vida científica. La editorial Vergara me pedía nada menos que un diccionario manual y un volumen sobre el castellano en América (algo empecé, más de éste que de aquél). Para la extinguida colección «Conèixer Catalunya» tenía que preparar (con mi mujer) un tomito de historia de la lengua. Germà Colon y yo sostuvimos un día correspondencia con «Que sais-je?», a propósito de un proyecto de síntesis sobre la lengua catalana. Y todavía más libros tenían que salir de mis manos para otros editores...

Todo esto —y más— hubiera podido existir. No existe. Ello no obstante, y aunque la directriz de mi trabajo personal se haya modificado en ocasiones, mi intención siempre ha sido seguir el camino más adecuado según los condicionantes de cada momento.

29. Los honores

No soy hombre de homenajes. No he ido nunca en pos de ellos. Con todo, reconozco que no he rehusado los que podemos denominar académicos; los de otra especie, ya no se han fraguado o, si lo he sabido a tiempo, los proyectos se han desvanecido al nacer.

Séame permitido, en este momento, recordar, entre las distinciones recibidas, las que más he agradecido. Mi entusiasmo y mi vocación como estudiante universitario se vieron compensados con los Premios Extraordinarios de Licenciatura (1948), y de Doctorado (1945). Por la monografía sobre el habla del Valle de Bielsa recibí el Premio Antonio de Nebrija de 1948 (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), y por el volumen I del libro sobre la lengua de los barceloneses, el Premi Pompeu Fabra de 1967 (Institut d'Estu-

dis Catalans). Últimamente he recibido el Premio Ciudad de Barcelona a la investigación, correspondiente a 1986.

Desde 1971 figuro en el Comité de Honor de los Congresos de Lingüística y Filología Románicas. Esto me ahorra exhibir la partida de nacimiento, porque es un verdadero certificado de edad madura. Los organizadores del II Coloquio de Catalán de Amsterdam (1970) me distinguieron con el cómodo cargo de Presidente de Honor. El mismo título me otorgaron la «North American Catalan Society» (NACS) y la «Deutsch Katalanische Gesellschaft» (DKG), ambas desde su fundación. En el VII Coloquio de la «Associació Internacional de Llengua i Literatura Catalanes» (AILLC) (Salou-Tarragona, 1985), la asamblea me eligió «Conseller» de la asociación.

He sido investido Doctor Honoris Causa de las Universidades de Salzburgo (1972), Toulouse-Le Mirail (1978) y París-Sorbona (1986). Al terminarse mi largo mandato de Rector de la Universidad de Barcelona, ésta me nombró Rector Honorario (1986).

Las actas del IV Coloquio de la NACS, celebrado en Washington D.C. en 1984, aparecieron a mí dedicadas. La Junta de Gobierno de la AILLC convocó una miscelánea de estudios que lleva mi nombre, con motivo de cumplir yo 65 años. Esta miscelánea, a la que sólo pueden concurrir los miembros de la AILLC, consta en este momento (primavera de 1987) de 5 volúmenes (y todavía hay trabajos que aguardan su aparición en otros tomos).

Con la mención de esta Miscelánea paso al último grupo de los homenajes recibidos, los más entrañables. Los dos primeros tomos me fueron entregados el día 1 de octubre de 1985, en la Torre Vella de Salou, durante el VII Coloquio de Lengua y Literatura Catalanas. Hizo el ofrecimiento Arthur Terry, presidente de la AILLC. Era una sesión al aire libre, después de cenar. El ambiente era agradable, y cuando tomé la palabra, para improvisar una respuesta de gracias, me salieron ideas que he ido presentando a lo largo de esta autobiografía: mis deseos de incorporar al catalán métodos nuevos, aunque fuese sin poseer yo la preparación adecuada; mi superficialidad, en el sentido de ir desflorando temas sin agotarlos, para pasar, cuando hubiera podido ser la ocasión de profundizar, a otro tema nuevo; mis infidelidades a una línea pura de investigación (en forma de escritos de divulgación lingüística y cultural, de reuniones y comisiones sin fin, de conferencias dondequiera que me las pidiesen, de prólogos que se me solicitaban con in-



A.M. Badia i Margarit investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de París-Sorbona. 12 de diciembre de 1986. Con Esteve Oròval, M. Teresa Cabré, Ramon Torrent y su esposa

sistencia, y —la mayor, sin duda— el haber aceptado ser Rector de la Universidad, con grave detrimento de mi actividad científica).

En 1980, con motivo de alcanzar la ya respetable edad de 60 años, nos reunimos a cenar todos los miembros del Departamento de Lengua Catalana de la Universidad. Fui agasajado por ellos y Joan Veny, Director, pronunció unas palabras que revelaban lo que es conmigo (y creo que con todos): un verdadero amigo. Yo correspondí evocando los jalones decisivos de mi vida profesional. A propósito de Joan Veny, nunca olvidaré la elegancia con que se refirió a mí, su maestro, colmándome de elogios que sin duda no merezco por exagerados, cuando glosó su propio currículum en las oposiciones a cátedra. Esto era en Madrid, en abril de 1983, y yo formaba parte del Tribunal.

La escena del Departamento de Lengua Catalana se repitió, otra vez con los mismo colegas y amigos, en 1986, al haber dejado yo el Rectorado y festejarme por mi vuelta al Departamento. De nuevo Joan Veny se expresó en nombre de todos. En esta ocasión yo me referí a mi gestión como Rector y al libro que estoy preparando sobre mis ocho años al frente de la Universidad.

La alusión que acabo de hacer me lleva a la despedida formal del Rectorado, que había tenido lugar antes, el 25 de febrero de 1986, al día siguiente de haber tomado posesión como Rector mi sucesor Josep M. Bricall. Este acto roza el terreno de los homenajes multitudinarios (de los que decía que, si los hubiese sabido a tiempo, los proyectos se habrían desvanecido al nacer). La verdad es, empero, que fue tan sigilosamente preparado que no tuve noticia hasta la víspera, y sólo en el momento de empezar calibré su amplio alcance (que era simplemente la Universidad entera). Por lo visto, tuve suerte, porque había quien prefería organizar un banquete en el Hotel Ritz (cosa que realmente me hubiera creado una situación muy delicada). En cambio, tal como se desarrolló, reconozco que se avenía con lo que, en todo caso, yo podía desear. Fue en el vestíbulo de la planta baja de la Universidad, entre las gruesas columnas que durante ocho años sorteé varias veces al día. Tomaron la palabra Salvador Reguant, Xavier Aranda, Enric Casassas y yo (que recibí en regalo una acuarela de Serra Llimona, naturalmente una vista de la Universidad) y el nuevo Rector cerró los parlamentos. Pero no cerró la velada, la cual, en el sentido de compartir tantas cosas con todos los presentes, sólo entonces se iniciaba, y duró algunas horas.

Unos meses después, exactamente el

29 de mayo, la Facultad de Filología dedicó una fiesta académica a cuatro profesores que llegábamos a la jubilación al final del curso: Joan Bastardas, Ernesto Carratalá, Enric Moreu-Rey y yo mismo. También aquí tuve suerte: en vez de un homenaje de corte tradicional, a base del consabido banquete y los discursos convencionales, se nos invitó a pronunciar unas breves lecciones de 10 minutos, todas alrededor de un tema común (los comienzos de los romances peninsulares). Yo traté de «comunicación verbal entre romance y latin en la época de orígenes de la lengua» (donde se unían la historia de la lengua y el punto de vista sociolingüístico). La reunión se terminó con una recepción en el jardín de la Universidad. Así concluía formalmente una vida de contacto ininterrumpido con la Universidad, a la que vo me había acercado, no sin un reverencial respeto y un cierto temor, en octubre de 1939, para iniciar los estudios de Filosofía y Letras.

30. La estela

Desde las clases prácticas que empecé a dar en el otoño de 1943, recién licenciado, hasta la lección simbólica del 29 de mayo de 1986, a la que me acabo de referir, transcurren 43 años de mi vida, consagrados por entero a la Universidad (ya que mis ausencias de la de Barcelona siempre fueron para profesar en otras universidades, y durante mi mandato de Rector —cargo que podía eximirme de la docencia— nunca dejé de dar clases, aunque reducidas al mínimo). En la actualidad, tras haber sido nombrado Profesor Emérito (1986), sigo dando cursos monográficos de Doctorado, y seguiré dándolos, mientras me vea (y me vean los demás) con ánimo y capacidad para

Tantos años de docencia, que lo son también de labor de investigación y de actividades de divulgación, así como de trabajo en comisiones de toda índole, forzosamente habían de dejar una huella. Y la han dejado. Con sinceridad he de decir que su constatación me complace sobremanera. Volviendo, pues, la mirada hacia atrás, lo primero que se me ocurre es el recuerdo de cuanto debo a mi esposa. Compañeros de estudios durante toda la licenciatura, ella podía seguir como nadie más la trayectoria de mi carrera científica. Recién casados, dedicábamos ambos largas horas a la preparación de mis oposiciones a cátedra. Pero esto no hacía más que prenunciar lo que sería su ayuda durante toda mi vida. Ayuda material y ayuda moral. Comprensión y consejo. Sólo diré que, sin ella, mi vida habría sido sin duda muy diferente de cómo ha sido. Y en la etapa actual de mi existencia, en la que ya se va presintiendo el ocaso -pese a que todos nos empeñamos siempre en vislumbrarlo muy lejano-, la colaboración de mi esposa continúa siendo esencial. Por lo demás, examinando mi vida profesional como universitario, y reemprendiendo lo que insinuaba unas líneas antes sobre su eficacia, veo dos especies de la huella que haya podido dejar (y ahora la reduzco a lo más característico de profesor, dejando, por tanto, aspectos como el de mi paso por el Rectorado, que una impronta u otra también habrá dejado). 1) La primera: las publicaciones. «Scripta manent.» Mis publicaciones ahí están, al alcance de todos, con mis aciertos y con mis errores. Al servicio de la ciencia, y de los que la cultivan. 2) La segunda: mis alumnos y mis discípulos. Me consta que un sinnúmero de los que han pasado por mis aulas recuerdan las clases que en ellas resonaban (y si lo afirmo así es porque muchos de ellos me lo han dicho, a veces en sitios y en países inesperados, cuando por azar allí hemos coincidido). Pero pienso en especial en los que han trabajado cerca de mí, o que han seguido orientaciones cuyas primeras pistas recibieron de mí, o aquellos de quienes he dirigido tesis doctorales. No sé dejar de proclamar que me siento hondamente satisfecho de las dos especies de huella global que mi vida académica haya marcado en la ciencia y en las personas. Pero he de confesar que, puesto a escoger, confío más en la segunda (las personas) que en la primera (las publicaciones científicas). La segunda es viva, y por ello mismo se modifica y se adapta a nuevos rumbos del quehacer científico. Además, tengo el orgullo de saberme superado -ampliamente superado- por mis discípulos que, con sus rigurosas contribuciones científicas, han llegado donde yo no podía soñar con llegar. Y más allá llegarán, aunque yo ya no lo vea. ¿Qué más podía desear? En cambio, la primera huella -mi modesta aportación como investigador-es esclava del momento en que tomó forma, y tiende a no ser válida más que como punto de referencia (casi siempre —y cada vez más— para que las nuevas formulaciones se distancien y se opongan a las mías, ya envejecidas).

En definitiva, todo es ya historia. Una historia que puede convenir tener en cuenta, de cara a lo que un día más o menos lejano será a su vez asimismo historia. Todos constituimos la historia de la ciencia y la historia de la humanidad.

Cronología de A.M. Badia i Margarit

1920: Nace en Barcelona (30 de mayo).

1924-1938: Enseñanza primaria y bachillerato en la «Mútua Escolar Blanquerna».

1939-1943: Estudios de Filosofía y Letras (Filología Románica), Universidad de Barcelona. Licenciado en 1943.

1943-1944: Ayudante de Clases Prácticas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Barcelona.

1944-1948: Profesor: auxiliar temporal (1944); Adjunto (1948).

1945: Doctor en Filosofía y Letras, Universidad de Madrid.

1946: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Colaborador (1946), Jefe de Sección (1949).

Societat Catalana d'Estudis Històrics (filial de l'Institut d'Estudis Catalans). Vocal de la Junta (1946). Vicepresidente (1954).

1948: Catedrático de la Universidad de Barcelona. De Gramática Histórica Española (1948-1977). De Gramática Histórica Catalana (1977-1986).



Primer Col·loqui de la «North American Catalan Society», Urbana, Illinois, 1978. A. Porqueras Mayo, A.M. Badia i Margarit i J. Roca-Pons

Premio «Antonio de Nebrija» del Consejo Superior de Investigaciones

Científicas.

1953: Escuela de Idiomas Modernos de la Universidad de Barcelona. Vicedirector (1953). Director (1969).

Vicepresidente del Comité Organizador del VII Congreso Internacional de Lingüística Románica, Barcelona.

Encomienda de la Orden de Alfonso el Sabio.

1955: Del Consejo de Redacción de la Revista de Filología Española. Miembro de número de la Real Aca-

demia de Buenas Letras de Barcelona. 1956: Société de Linguistique Romane. «Conseiller auprès du Bureau» (1956). Vicepresidente (1965).

Presidente (1968). Miembro de Honor (1971).

1965: Real Academia Española. Miembro correspondiente en Cataluña.

1966: Miembro de la Comisión Interdiocesana para la versión de los textos litúrgicos al catalán.

1967: Premio «Pompeu Fabra» del Institut d'Estudis Catalans.

1968: Institut d'Estudis Catalans. Miembro adjunto (1968). Miembro numerario (1977).

Organizador del I Coloquio de Lingüística Catalana (Estrasburgo).

1972: Doctor «Honoris Causa» por la Universidad de Salzburgo.

1973-1974: Vocal de la Comisión de Lingüística para las «Actions thématiques programmées» del Centre National de la Recherche Scientifique (París).

1973: Presidente de l'Associació Internacional de Llengua i Literatura Catalanes (1973-1976). Conseller (1985).

1974: Presidente del Grup Català de Sociolingüística.

1977: Responsable del ámbito de Lengua del Congrés de Cultura Catalana.

1978-1986: Rector de la Universidad de Barcelona. Reelegido dos veces (1981 y 1984). Rector Honorario (1986).

1978: Doctor «Honoris Causa» por la Universidad de Toulouse-Le Mirail.

1986: Presidente del II Congrés Internacional de la Llengua Catalana.

Miembro Honorario de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese.

Doctor «Honoris Causa»por la Universidad de París-Sorbona.

Creu de Sant Jordi de la Generalitat de Catalunya.

Premi Ciutat de Barcelona d'Investigació.

1987: Profesor Emérito de la Universidad de Barcelona.



A.M. Badia i Margarit en el despacho de su casa con su esposa, 3 de julio de 1974

Bibliografía de A.M. Badia i Margarit

Abreviaturas utilizadas:

-ADCC: Anthropos (Barcelona)

-AIEC: Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans (Barcelona)

-AIOE: Annals de l'Institut d'Estudis Occitans (Montpellier)

-AM: Analecta Montserratensia (Montserral)

—ARUE: Alcalá (Madrid-Barcelona)

-ASEUFL: Atrio (Barcelona)

-AUnA: Anales de la Universidad de Ali-

-An: Annals

-Ar: Aranzazu (Oñate)

-At: Ateneu (Barcelona)

-Av: Avui (Barcelona)

-BIIOC: Butlletí Interior Informatiu d'Omnium Cultural (Barcelona)

-BISO: Butlletí Interior de la Societat d'Onomàstica (Barcelona)

-BRABLB: Boletín de la Real Academia de Buenas Letras (Barcelona)

-BRAE: Boletín de la Real Academia Espa-

ñola (Madrid) -BSCEH: Butlletí de la Societat Catalana

d'Estudis Històrics (Barcelona) -CBICC: Caliu (París)

-CC: Catalònia Culture (Barcelona)

-CH: Cuadernos Hispanoamericanos (Ma-

-CMA: Crònica Mensual d'Actualitat (Barcelona)

—CPD: Cuadernos para el Diálogo (Madrid)

-Ca: Canigó (Barcelona)

-Cr: Criterion (Barcelona)

-DB: Diario de Barcelona (Barcelona)

-DS: Diario de Sabadell (Sabadell)

-DSPC: Diari de Sessions del Parlament de Catalunya

-DV: Diario de Valencia -De: Destino (Barcelona)

-ECC: El Correo Catalán (Barcelona)

-ECE: Enciclopedia de la Cultura Española, Madrid, Ed. Nacional.

-EDB: El Día de Baleares (Palma de Mallorca)

-ELi: La Estafeta Literaria (Madrid) -EMi: El Mirall (Palma de Mallorca)

-EMICM: El Mataroní. Informatiu de la Comarca del Maresme (Mataró)

-EMSI: El Maresme. Setmanari d'informació (Mataró)

-EMUEC: Eina (Barcelona)

-EN: El 9 Nou (Vic)

-EP: El País (Madrid)

-EPt: El Pont (Barcelona)

-EPC: El Periódico de Catalunya (Barcelona)

-ER: Estudis Romànics (Barcelona)

-EUC: Estudis Universitaris Catalans (Bar-

-FID: Full Informatiu del Districte (Ajuntament de Barcelona)

-GEAE: Guix (Barcelona)

-GI: Gaceta Ilustrada (Madrid-Barcelona)

-Ger: Germinabit (Montserrat)

-GRC: Gran Enciclopèdia Catalana (Barcelona), Enciclopèdia Catalana.

-Hes: Hesperia

—HL: Hoja del Lunes (Barcelona)

-IB: Iberoromania (Madrid)

-IHE: Índice Histórico Español (Barcelona)

—IL: Ilerda (Lérida)

-IR: Ibero-Romania (Munich)

-LCoO: La Comarca d'Olot (Olot)

-LEs: L'Espill (Valencia)

-LIA: Llengua i Administració (Barcelona)